

# EL PROTECTORADO ESPAÑOL EN MARRUECOS. FACTOR ESTRATÉGICO DURANTE LA II GUERRA MUNDIAL

Jesús ALBERT SALUEÑA<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

Es habitual entre los historiadores que estudian el Protectorado español en Marruecos justificar la presencia española en la zona como una respuesta a las presiones e intereses del Ejército que buscaría en el norte de África una satisfacción a la frustración resultante de sus fracasos en las aciagas campañas coloniales de Cuba y Filipinas.

Ciertamente, desde finales del siglo XIX, entre algunos militares españoles existía una corriente de opinión que reclamaba una actuación española en Marruecos. Justificaban esta intervención por razones geopolíticas reforzadas por motivos históricos y geográficos. Estas ideas no constituían una exclusiva del ámbito militar, siendo también compartidas por numerosos políticos, empresarios, geógrafos y pensadores españoles, muchos de ellos relacionados con la Liga Africanista y con la Sociedad Geográfica de Madrid, entidades que habían promovido numerosos estudios y exploraciones en la zona<sup>2</sup>.

Sin embargo, estas opiniones compartidas por un reducido número de militares, deben ser circunscritas a su ámbito personal, sin que puedan ser consideradas mayoritarias entre los componentes de la oficialidad española de la época y, mucho menos, ser tomada como la opinión institucional del Ejército como corporación.

---

<sup>1</sup> Coronel de Artillería DEM del Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos (TEIM). Universidad Autónoma de Madrid (UAM). jalbertsaram@hotmail.com.

<sup>2</sup> VILLANOVA VALERO, José Luis: «La Sociedad Geográfica de Madrid y el colonialismo español en Marruecos (1876-1956)». Doc. Anál. Geogr. 1999. <http://ddd.uab.cat/pub/dag/02121573n34p161.pdf>.

En la primera década del siglo xx podemos encontrar pruebas que ratifican un completo desinterés del Ejército español en la posibilidad de una expansión colonial.

El día 4 de julio de 1899, casi recién firmado el Tratado de París que significaba el final de las provincias ultramarinas, se publica un real decreto<sup>3</sup> que dicta reglas para una organización del Ejército adaptada a la nueva situación. En el real decreto figuraba la estructura de las unidades que compondrían el nuevo Ejército de que se dotaba España.

En modo alguno este Ejército puede considerarse dispuesto para hipotéticas aventuras coloniales, que requerirían unidades permanentemente dispuestas y, a ser posible, constituidas por soldados profesionales. Por el contrario, el Ejército español que se crea en 1899 es un Ejército en cuadro, permanentemente dedicado a la instrucción de los contingentes de reclutas, capaz de desdoblarse sus unidades previa movilización de las reservas para su actuación en un conflicto en el ámbito europeo, pero que sólo con dificultades y largos plazos de tiempo estaría en condiciones de una actuación colonial.

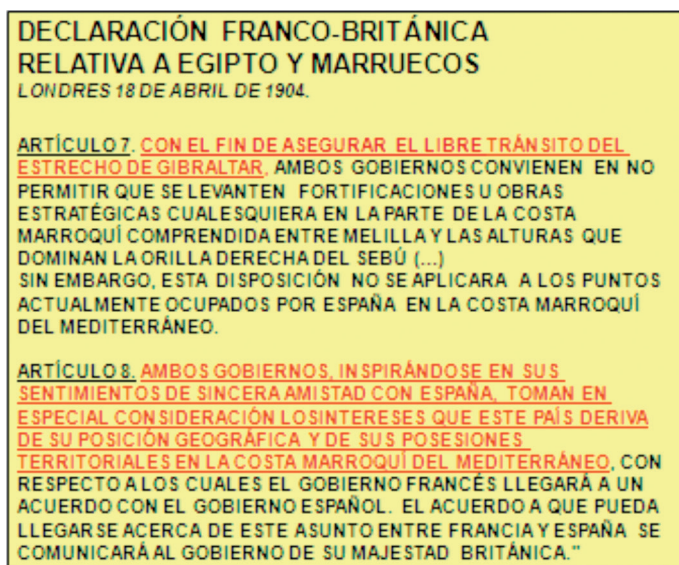
En realidad, la auténtica razón de la presencia española en el norte de Marruecos respondía a los intereses geopolíticos británicos que determinaban que ninguna gran potencia de la época pudiese establecer bases navales o emplazar artillería en las costas próximas al estrecho de Gibraltar. Gibraltar era uno de los «cuellos de botella» de la ruta imperial a la India y su seguridad era vital para los intereses británicos. La España de principios del siglo xx no solo cumplía con esa exigencia de debilidad, sino que al estar ya presente al norte del Estrecho y en las ciudades de Ceuta y Melilla, su presencia en el norte de Marruecos no alteraba apenas la situación de la zona, al tiempo que eliminaba a eventuales nuevos actores. Por otra parte, la aproximación hispano-británica que tuvo lugar en esos años, plasmada en la entrevista de Cartagena celebrada entre Alfonso XIII y Eduardo VII, en abril de 1907, en el matrimonio del joven rey español con una princesa de la familia real inglesa y en la entrega de los astilleros estatales españoles a compañías británicas<sup>4</sup>, era un factor añadido para tranquilizar a los estrategas británicos.

<sup>3</sup> *GACETA DE MADRID*, n.º 155, de 4 de junio de 1899.

<sup>4</sup> La Sociedad Española de Construcción Naval se creó con el propósito específico de presentarse al concurso del denominado Plan de Escuadra, que había sido aprobado en 1908. Habiendo sido la elegida, la Sociedad Española de Construcción Naval recibió en usufructo los astilleros y arsenales de la Armada en Ferrol, Cádiz y Cartagena. Aunque teóricamente española, la influencia de los socios británicos de la Sociedad (Vickers, Armstrong y John Brown & Co) era decisiva desde el punto de vista técnico. Todos los buques construidos a lo largo de su existencia fueron copia de modelos británicos.

Previamente a esa aproximación hispano-británica, el Reino Unido había solucionado sus diferencias coloniales con Francia, que pocos años antes, en 1898 en la crisis de Fachoda, habían estado a punto de provocar el enfrentamiento abierto entre ambas potencias.

Por el acuerdo franco-británico firmado en Londres el 18 de abril de 1904, Francia y el Reino Unido se reconocen respectivamente una influencia prioritaria en Marruecos y Egipto. En el caso de Marruecos, el Gobierno británico condicionaba a Francia con el respeto a los intereses españoles en la zona y con la imposibilidad de fortificar las costas entre Melilla y el río Sebú (*fig. 1*). En la práctica, se entregaba Marruecos a Francia, con la limitación de que la costa norte quedase bajo el control de España.



*Figura-1*

Esta política británica pareció la adecuada durante la I Guerra Mundial al haber desplazado de la zona al Imperio alemán y mantenerse los accesos al Mediterráneo occidental libres de otras amenazas que no fuesen los submarinos alemanes, cuya eficacia se vio muy disminuida por la lejanía de sus bases. Sin embargo, Alemania y, en menor medida, el Imperio otomano trataron de agitar las insumisas cabilas de un Protectorado marroquí apenas implantado, con el fin de retener el mayor número de tropas francesas lejos de los campos de batalla europeos. Independientemente del mayor o menor éxito de estas acciones, la mayoría de las mismas estuvieron apoyadas, en

contra de la voluntad de las autoridades españolas, desde las zonas de Protectorado asignadas a España.

Entre estas cabe señalar las actividades de Abdelmalek, actuando al sur del río Muluya, siendo abastecido desde Melilla con la colaboración de los agentes alemanes Farr y Bartels y que contó con el apoyo de la familia Abdelkrim desde Alhucemas; las del *chej* Ahmed El Heiba, uno de los hijos de *chej* Ma El Ainin, que agitó el sur marroquí, recibiendo suministros desembarcados en la cercanías del puesto español de Cabo Juby desde submarinos alemanes, o las de El Raisuni, a duras penas contendidas por los altos comisarios españoles en Tetuán, quien se benefició de subvenciones alemanas y mantuvo la tensión en las zonas vecinas del Protectorado francés. Estas acciones prueban que, sin la presencia española, todo el norte de Marruecos se habría convertido en una base hostil contra los intereses aliados.

En 1939 la situación había evolucionado a causa de numerosos factores. Entre estos cabría apuntar: la ratificación, tras la I Guerra Mundial, de la alianza franco-británica; el surgimiento de Italia como gran potencia mediterránea y, sobre todo, los resultados de la Guerra Civil española, con la aparición de un régimen autoritario simpatizante de las potencias fascistas y hostil a la democracias francesa y británica. En definitiva, las premisas establecidas por los estrategas británicos a principios de siglo se veían completamente superadas. La España débil y amiga se había transformado en un potencial enemigo con una marcada inclinación al aumento de sus capacidades militares.

En este nuevo escenario, ante la probabilidad de una nueva guerra en Europa, la presencia de España en el norte de Marruecos acrecentaba la amenaza sobre las vitales líneas de comunicaciones de los imperios coloniales francés y británico (fig. 2).

Durante la Guerra Civil española, esos dos países habían promovido y adoptado la política de «no intervención», de forma meticulosa por parte británica y con una evidente benevolencia hacia el bando gubernamental por parte francesa<sup>5</sup>. Al término de la Guerra Civil, con la victoria de Franco, esta postura de neutralidad dejaba a británicos y franceses en pésimas condiciones para volver a ocupar las posiciones de preferencia que tradicio-

---

<sup>5</sup> La frontera franco-española en Cataluña sufrió diversas vicisitudes con autorizaciones o prohibiciones al paso de armamento en función de los cambios políticos internos en Francia y de la evolución de la situación internacional. La crisis de Múnich decidió al Gobierno francés no solo a autorizar el paso de armas provenientes de la URSS sino también a permitir que los combatientes de la 43.<sup>a</sup> División republicana, que pasaron a Francia desde el valle de Pineta donde habían sido acorralados por los nacionales, volviese a territorio de la república a través de Francia. Ver FERRERONS, R. y GASCÓN, A.: *Huesca la Bolsa de Bielsa*. Diputación de Huesca, 1991, pág. 55.



Figura-2

nalmente habían tenido en España en los aspectos comerciales, económicos, culturales<sup>6</sup>, etc.

Por otra parte, si bien los propósitos inmediatos del nuevo Gobierno español, apuntaban a las necesarias tareas de reconstrucción, dentro de la confusa ideología del régimen existía una marcada tendencia revisionista respecto al reparto colonial materializado en África entre 1880 y 1920. Este revisionismo se focalizaba sobre territorios bajo control francés, con el añadido de la reivindicación sobre el peñón de Gibraltar, por lo que en caso de un conflicto europeo generalizado la posición española constituía una preocupación suplementaria tanto para los diplomáticos como para los planificadores militares, franceses y británicos.

No debe por tanto sorprender que, entre los meses finales de la guerra civil y junio de 1940, momento en que se materializa la derrota de Francia, la política de franceses y británicos hacia España y su Gobierno estuviese caracterizada por una serie de atenciones y concesiones que este país no

<sup>6</sup> Los reconocimientos (25 de febrero de 1939) del régimen de Franco por parte de Inglaterra y Francia fueron vistos por la diplomacia franquista como tardíos. En el caso francés el Gobierno de Franco exigió como condición previa al establecimiento de relaciones la entrega de todo el material pasado a territorio francés en enero de 1939 (Acuerdos Beraud-Jordana), lo que sin duda constituía un triunfo para el Gobierno de Franco. Ver GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *Milicia y diplomacia*. Editorial Dos Soles, 2002, pp.113-115.

había conocido desde hacía, al menos, doscientos años. Ante la probable guerra en Europa, el mantenimiento de la neutralidad española constituía un objetivo prioritario y su consecución bien valía algunas renunciadas.

### *LAS FASES DE LA GUERRA MUNDIAL PARA EL PROTECTORADO*

La II Guerra Mundial afectó al Protectorado español en Marruecos de distintas formas en función de la evolución general del conflicto.

- Una primera fase abarcaría desde el inicio de la guerra, en septiembre de 1939, hasta mayo-junio de 1940, cuando comienza a vislumbrarse la derrota francesa. Esta fase se caracterizaría por una casi escrupulosa neutralidad española<sup>7</sup> que ha visto con sorpresa la alianza de Hitler con Stalin y que, en todo caso, depende de los mercados francés y británico y de su ayuda financiera para las tareas de reconstrucción nacional<sup>8</sup>.
- Una segunda fase, de breve duración, se extendería entre la materialización de la derrota francesa, a mediados de junio de 1940, con la ocupación española de Tánger como fecha simbólica (14 de junio), y el ataque británico a la flota francesa en el puerto de Mazalquivir, el día 3 de julio. Ese ataque demostró claramente que en los planes británicos no se contemplaba el final de la guerra por una solución negociada con Alemania. En este corto periodo fue cuando más cerca estuvo España de salir de su pasividad y adoptar una postura militarmente agresiva en el norte de África.
- La tercera fase se extendería desde esa fecha hasta la operación Torch, el 8 de noviembre de 1942, que supuso el desembarco de los anglosajones en el norte de África. Esta fase se caracterizó por unas, al menos desde el punto de vista formal, cordiales relaciones con la Residencia General de Rabat y por la mejora de las defensas costeras en previsión de un desembarco anglosajón.
- La cuarta fase comprendería desde la llegada de los norteamericanos a Marruecos, en noviembre de 1942, hasta la capitulación de las úl-

---

<sup>7</sup> La declaración española de neutralidad en el conflicto se publicó en el *Boletín Oficial del Estado* n.º 248 de 5 septiembre de 1939.

<sup>8</sup> Los tratados comerciales con Francia (*BOE* n.º 24 de enero de 1940) e Inglaterra (18 de marzo de 1940) resultaban vitales para la recuperación de la economía española. El acuerdo hispano-británico incluía un acuerdo financiero por el que el Reino Unido abriría una línea de crédito de 2 millones de libras para compras españolas de productos británicos. Sobre el acuerdo hispano-británico ver, ALPERT, Michel: «Las relaciones hispano-británicas en el primer año de la posguerra», en *Revista de Política Internacional*, n.º 147, sep-oct. 1976, pp. 13-29.

timas fuerzas del Eje en el norte de África, materializada en Túnez el 13 de mayo de 1943. Durante esta fase, el Protectorado vivió una permanente tensión ante una hipotética ocupación aliada, motivada bien por la sospecha de un definitivo alineamiento de Franco con el Eje o por la invasión de España por parte de Alemania.

- La quinta y última fase, ya sin la amenaza de desembarcos o invasiones, se caracterizaría por el progresivo deterioro de la situación económica en el Protectorado y, una vez desaparecida la tensión bélica, por la vuelta del Ejército de África a la rutina de sus actividades de instrucción.

### *EL REGRESO DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA*

Durante los treinta meses de la Guerra Civil la guarnición del Protectorado se había mantenido con un reducido contingente, que en sus mejores momentos rondaba los veinte mil hombres, en su mayor parte reclutas en periodo de instrucción o heridos convalecientes. Por una parte, la necesidad del bando de Franco de enviar a la península la totalidad de las unidades existentes en julio de 1936, y por otra, la tranquilidad de las cabilas, lograda por la hábil política indígena desarrollada por el alto comisario Juan Beigbeder, justificaban esa débil guarnición. Estas fuerzas suficientes y aún superfluas ante un improbable desembarco de las fuerzas republicanas, hubiesen sido incapaces de enfrentarse a una invasión del Ejército francés desde su zona de Protectorado, hipótesis que, al menos en dos ocasiones, enero de 1937 y primavera-verano de 1938, estuvo a punto de materializarse.

Cuando en abril de 1939 termina la Guerra Civil, esta situación se va a modificar de forma substancial, tanto por consideraciones exclusivamente militares como por otras de carácter social.

En una de las numerosas cartas que Beigbeder remitía a Francisco Franco, fechada en febrero de 1939<sup>9</sup>, recomendaba a este que al término de la Guerra Civil, el Ejército de Marruecos debería reorganizarse a base seis o siete «divisiones modernas» lo que, según Beigbeder, daría a España capacidad de árbitro en la zona. En el mismo escrito, Beigbeder aconsejaba a Franco la conveniencia de no licenciar, de forma inmediata, a los marroquíes encuadrados en las unidades indígenas, debido a los trastornos sociales que su desmovilización provocaría, ya que la débil actividad económica del Protectorado no podría absorber el excedente de mano de obra que supondría esta desmovilización.

---

<sup>9</sup> FFF 27812.



El regreso de esas tropas, desde la península a Marruecos, se llevó a cabo con un ritmo que asombró a los observadores franceses<sup>10</sup>. Los días 10 y 11 de abril de 1939 lo hicieron los tabores expedicionarios de las cinco mehalas, seguidos en pocas semanas por el resto de las unidades expedicionarias.

La rapidez en el regreso, pero sobre todo la no desmovilización de las nuevas unidades creadas durante la Guerra Civil, alarmaron a las autoridades del Protectorado francés. Estas consideraban que cualquier incremento de la guarnición del Marruecos español, por encima de los efectivos de julio de 1936, era una demostración inamistosa hacia Francia.

Por esas fechas Beigbeder se entrevistó con el residente general francés<sup>11</sup>, general Nogués, quien, entre otras quejas, protestó por el ritmo acelerado de las obras de fortificación que los españoles desarrollaban en las fronteras entre Protectorados. Iniciadas en la primavera de 1938 a raíz

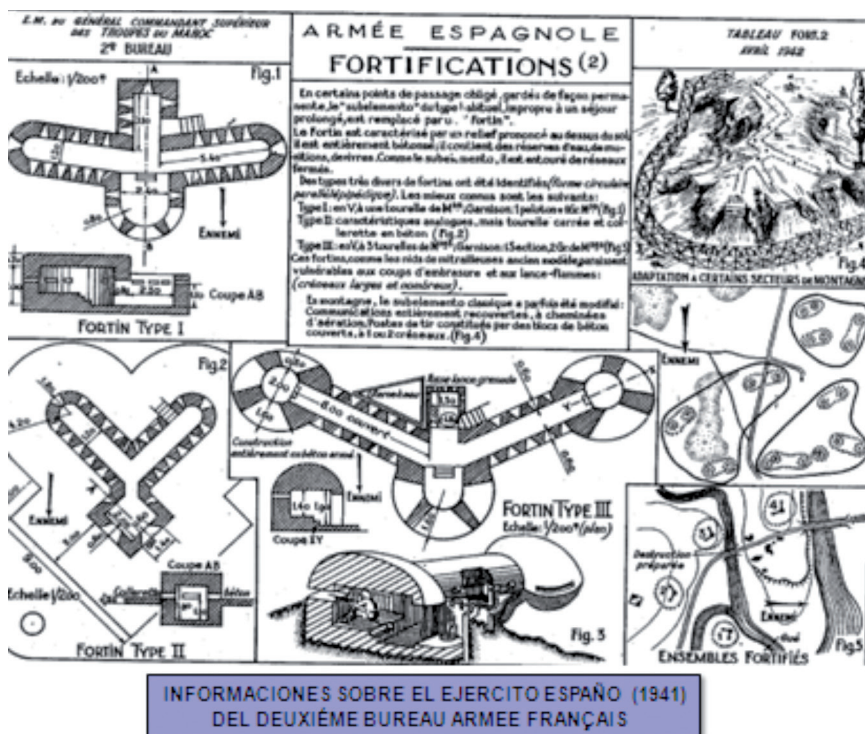


Figura-3

<sup>10</sup> IHCM-ÁVILA (6310.4) y (6304.19) y SHAT H-1421.

<sup>11</sup> AGA-África, Caja M-2007.



de las tensiones ocasionadas por la crisis de los Sudetes, los trabajos en estas fortificaciones continuarían ininterrumpidamente hasta casi el final de la guerra mundial. La unidad a cargo de los trabajos, el Regimiento de Fortificación n.º 5<sup>12</sup>, se vio reforzado de forma permanente tanto por otras unidades de Ingenieros como por las unidades de Infantería que debían ocupar las fortificaciones defensivas o por batallones de Trabajadores Penados.

El Ejército francés de Marruecos prestó una permanente atención a estas fortificaciones, disponiendo su 2.ª sección de amplia información sobre las mismas (fig. 3), generalmente proporcionada por desertores tanto de los batallones de Trabajadores como de las unidades de recluta peninsular<sup>13</sup>. La valoración inicial dada por los franceses denotaba preocupación al considerarlas como muestras de hostilidad. Más tarde, los franceses modificaron su opinión al considerar que esas fortificaciones garantizaban una actitud defensiva del Ejército español<sup>14</sup>, debido a la magnitud de los recursos económicos empleados en ellas y al requerir la guarnición de las mismas más del 70 % de las unidades españolas disponibles en el Protectorado (fig. 4).



*Figura-4*

<sup>12</sup> Sobre las condiciones de vida y actividades del Regimiento de Fortificación n.º 5, ver RIPOLL CASALS, Joaquín: *La petita història de FORTI-5, 1939-1942*. L'Aixenador, 1984.

<sup>13</sup> SHAT, G3H3 318.

<sup>14</sup> Entre otros: SHAT, GR H3 318.

*LA REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO TRAS LA GUERRA CIVIL*

El *Boletín oficial del Estado* publicó durante el mes de agosto de 1939 numerosas disposiciones que ponían los jalones del nuevo estado surgido de la Guerra Civil. Como disposiciones militares cabe destacar la desaparición del Ministerio de Defensa Nacional sustituido por los Ministerios del Ejército, de Marina y del Aire<sup>15</sup>, la creación del Alto Estado Mayor<sup>16</sup>, que pretendía imitar al Oberkommando Wehrmacht (*O.K.W.*) alemán, y la reorganización del Ejército de Tierra, con la creación de diez Cuerpos de Ejército con un total de 24 divisiones de Infantería y una de Caballería, más las correspondientes unidades de Reserva General<sup>17</sup>.

En el momento de la publicación de estas disposiciones, principios de agosto de 1939, el Gobierno español no contemplaba su participación inmediata en una guerra, por lo que, si bien el número de grandes unidades se había casi triplicado respecto al Ejército de 1931 o duplicado con relación al de la monarquía en 1930, muchas de sus unidades permanecían parcial o totalmente «en cuadro» disponiendo tan solo, en el mejor de los casos, del armamento ligero.

De estos diez Cuerpos de Ejército dos se asignaban al Protectorado: el IX, con cuartel general en Ceuta y las divisiones 91 (Ceuta), 92 (Larache) y 93 (Xauén) y el X, con cuartel general en Melilla y las divisiones 101 (Melilla) y 102 (Villasanjurjo).

Para dotar a este ejército se disponía del teóricamente abundante material de los ejércitos nacional y republicano, que había superado la guerra civil. Sin embargo, a pesar de esta aparente abundancia, en determinados tipos de armas, las existencias no llegaban a cubrir las plantillas. Por si fuera poco, la mayor parte del material se encontraba muy desgastado y su heterogeneidad dificultaba tanto el municionamiento como las tareas de mantenimiento<sup>18</sup>.

El Estado Mayor Central, dirigido por el general Martínez de Campos<sup>19</sup>, en la creencia de que no le agobiaban urgencias inmediatas, había estudiado programas a medio plazo para fabricar nuevo armamento y preparado planes para distribuir el disponible de la forma más homogénea posible, llegan-

<sup>15</sup> BOE n.º 223 de 11 de agosto de 1939.

<sup>16</sup> BOE n.º 243 de 31 de agosto de 1939.

<sup>17</sup> BOE n.º 206 de 5 de julio de 1939.

<sup>18</sup> Como claro ejemplo de lo variado del armamento, para el conjunto de las Fuerzas Armadas fue necesario adoptar cuatro distintos calibres de fusil: los antiguos españoles de 7 mm, los alemanes de 7,92 mm, los italianos de 6,5 mm y los rusos de 7,62 mm.

<sup>19</sup> Sobre la actuación en ese puesto de Martínez de Campos ver su libro de memorias. MARTÍNEZ DE CAMPOS, Carlos: *Ayer*, tomo II. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1970, pp. 190-204.

do incluso a considerar la venta a otros países de aquellos modelos menos útiles o de calibres o características menos aprovechables.

En 19 de junio de 1940 la Sexta Sección del Estado Mayor del Ejército elaboró un concienzudo documento que incluía no slo las disponibilidades de material, sino también las previsiones de fabricación y las necesidades de materias primas para la producción de este material y de sus municiones. En el estudio se consideraba que en caso de movilización se debería completar el equipo y material de las unidades de tiempo de paz (serie A) y tener previsto equipar a dos series adicionales (series B y C), lo que triplicaría las unidades disponibles. De acuerdo a estas exigencias, la situación era descorazonadora y sólo a medio plazo, a finales de 1943, se consideraba que las unidades de la serie A estarían dotadas de forma homogénea y adecuadamente. La serie B lo sería en 1947 y la serie C en 1948 o 1949. Todo ello forzando al máximo posible las posibilidades de fabricación de la industria militar y de la civil susceptible der ser militarizada.

Ante esta lamentable situación el ministro del Ejército, general Varela, dispuso que las guarniciones de Canarias, Baleares y Marruecos tuviesen prioridad en la asignación del armamento y equipo disponibles y que se constituyesen en esas guarniciones los adecuados *stocks* de munición y de equipo adicional para dotar a nuevas unidades procedentes de movilización. Esta medida era razonable ante la certeza de que en caso de entrada de España en la guerra, la Royal Navy procedería al inmediato bloqueo de las comunicaciones entre esos territorios ultramarinos y la península<sup>20</sup>.

### *LA REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA Y SUS PROBLEMAS*

Tras el regreso a Marruecos de la mayor parte de las unidades indígenas se inició un proceso de reorganización y reducción de sus unidades. Paulatinamente se desmovilizaron algunos tabores, en tanto que otros quedaban en la península participando en operaciones contra los denominados «huidos», generalmente en las regiones de orografía más abrupta. En Marruecos se facilitó el licenciamiento voluntario pero se mantuvieron a aquellos soldados indígenas que desearon seguir en filas. De ese modo cada uno de los cinco grupos de Regulares contaba en el Protectorado con seis tabores, hasta que

---

<sup>20</sup> En el archivo de la Fundación Francisco Franco se encuentra un voluminoso informe de 19 de junio de 1940 elaborado por la 6.ª Sección del Estado Mayor del Ejército, en el que se hace un profundo estudio tanto de la situación del armamento del Ejército español como de las posibilidades de fabricación por la industria nacional.

durante los primeros meses de 1940 se procedió a desdoblarlos, constituyendo diez grupos cada uno con tres tabores.

Por su parte, la Legión redujo sus dieciocho banderas, máximo alcanzado durante la Guerra Civil, a once, dos de las cuales permanecieron en la Península, en tanto que las nueve restantes se encuadraban en tres tercios, con guarniciones en Tahuima, Dar Riffien y Larache.

Cuando en agosto de 1939 se creó el Ejército de África con los Cuerpos de Ejército IX y X, sus cinco divisiones y sus unidades de Ejército y Cuerpo de Ejército, fue necesario formar nuevas unidades, en especial de apoyos de combate y logísticos.

La orgánica adoptada era la común a la del conjunto del Ejército español<sup>21</sup>. Cada división disponía de tres unidades tipo regimiento de Infantería cada uno con tres batallones, junto con un regimiento de Artillería con tres grupos, un batallón de Ingenieros y los correspondientes apoyos logísticos. La diferencia con las divisiones de la Península radicaban en el hecho de que la mayor parte de las quince unidades tipo regimiento de Infantería del Ejército de África eran de Regulares (diez grupos) o de la Legión (tres tercios), con solo dos regimientos de recluta peninsular. Evidentemente, al estar formadas por tropa profesional, estas divisiones podían ser consideradas de superior calidad a las de la Península.

Como unidades de Cuerpo de Ejército cada uno de ellos disponía de un regimiento mixto de Armas de Infantería con morteros, cañones contracarro y antiaéreos ligeros; una agrupación mixta de Caballería que incluía un grupo a caballo y otro mecanizado, este último dotado de un escuadrón de motocicletas y otro de autoametralladoras; un regimiento de Artillería que incluía un grupo antiaéreo y dos de campaña; un regimiento de Ingenieros, un grupo de Transmisiones; agrupaciones de Intendencia y Sanidad y otras unidades de apoyo logístico.

Como principales unidades del escalón Ejército se disponía de tres regimientos de Infantería de Guarnición destinados en Ceuta, Melilla y Villasanjurjo<sup>22</sup>; de un regimiento de carros de combate, de dos grupos de Fuerzas Regulares de Caballería; de un regimiento de Artillería de Costa desplegado en el Estrecho y un grupo de la misma especialidad en Melilla; de un grupo de Artillería Antiaérea para la defensa de las bases aéreas; de un regimiento de Fortificación, etc.

Aun cuando al menos sobre el papel este numeroso ejército estaba adecuadamente dotado, eran muchos los problemas que se le presentaban para ser considerado como una fuerza de combate verdaderamente eficaz.

<sup>21</sup> Plantillas provisionales para los cuerpos y unidades del Ejército en AGM-Ávila, Caja 23009.

<sup>22</sup> Les correspondían los números 74, 75 y 76, respectivamente.

De entrada, sus plantillas de armamento y material indicaban que su potencia de fuego y capacidad de movimiento estaban muy por debajo de la de los regimientos franceses o alemanes. No solo disponían de un menor número de armas sobre el papel, sino que, en general, estas eran de calibre y características inferiores a las de otros Ejércitos europeos. Como ejemplo, el regimiento de Infantería español disponía de cuatro cañones contracarro por doce del mismo tipo de que disponía el regimiento alemán. Además, el grueso de sus medios de transporte estaba basado en el uso de caballos y mulos con tan sólo un coche ligero y 12 camiones<sup>23</sup> por regimiento de Infantería.

Otro problema fundamental que afectaba no solo al ejército que lo guarnecía, sino a la totalidad de la población del Protectorado, era el de las disponibilidades alimenticias. El Protectorado español en Marruecos era permanentemente deficitario en la producción de alimentos<sup>24</sup>. Lo exiguo del terreno cultivable, junto con la pobreza del suelo en la mayor parte del territorio y unas técnicas agrícolas arcaicas daban como resultado una producción que ni de lejos cubría las necesidades de la población. Hasta la Guerra Civil este déficit se solventaba con importaciones, en gran medida provenientes de Francia, Argelia y el Protectorado francés. Durante la Guerra Civil el cierre decretado por Francia de las fronteras entre ambos Protectorados, la carencia de divisas del bando de Franco y los excedentes de productos agrícolas del territorio peninsular controlado por los nacionales habían dado lugar a una situación anormal, pero que desde el punto de vista del Protectorado supuso una relativa abundancia de productos básicos de primera necesidad (cereales y harina, aceite, azúcar, etc.). En los meses finales de la guerra esta situación comenzó a cambiar y se convirtió en trágica al término de la misma<sup>25</sup>.

Consciente del problema, agravado por las nuevas estructuras económicas establecidas por el nuevo régimen, el alto comisario Beigbeder alertaba a Franco en la primavera de 1939<sup>26</sup> de la necesidad de almacenar alimentos y combustibles, al menos para seis semanas de consumo, en previsión de un posible bloqueo. Esta necesidad, dada la penuria de la totalidad de la población española, constituía una carga difícil pero que, de todos modos, se trató de asumir.

---

<sup>23</sup> IHCM-Ávila (6280.14).

<sup>24</sup> Estadística de comercio en la zona de Protectorado español. Alta Comisaría, Tetuán, 1935-1945.

<sup>25</sup> En escrito de fecha 12 de enero de 1946, el general jefe del Ejército de África se quejaba al delegado general de la Alta Comisaría de la mala impresión que entre la población rural causaban las muertes por inanición. AGA-África, Caja M-2007.

<sup>26</sup> En escrito de 26 de julio de 1939, entre otros temas, Beigbeder alertaba a Franco de la necesidad de almacenar víveres en el Protectorado para toda su población y para un mínimo de 45 días. FFF 27810.

La creación de estas reservas de alimentos suponía otro problema adicional para las autoridades del Protectorado ya que no se disponía de suficientes locales para almacenarlas en adecuadas condiciones. Se emprendieron obras para solucionarlo, pero lo perentorio de los plazos, la escasez de medios de construcción y los numerosos trabajos de otras clases emprendidos simultáneamente eran obstáculos insuperables para su finalización en un plazo adecuado.

Existen abundantes referencias<sup>27</sup> sobre el mal estado de la harina, cereales y legumbres almacenados durante largos periodos de tiempo en depósitos improvisados que no reunían las adecuadas condiciones. Así pues, a la escasez, común durante esos años para toda la población española que debía subsistir con un reducido racionamiento, en el caso del Protectorado hubo que añadir que frecuentemente la harina empleada en la fabricación del pan se encontraba en pésimas condiciones o que las legumbres estaban atacadas por todo tipo de plagas de insectos.

Entre las principales razones para no poder construir los edificios de almacenamiento en los breves plazos requeridos destacan las necesidades de carácter militar. En este orden figuraban tanto las fortificaciones de la frontera entre ambos Protectorados como los trabajos de artillado del Estrecho o las numerosas pistas de utilidad militar emprendidas en ese periodo. Sin embargo, quizás el problema fundamental era el del acuartelamiento de las numerosas unidades creadas de acuerdo al decreto de reorganización del Ejército de agosto de 1939.

Si en julio de 1936 la guarnición del Protectorado rondaba los treinta mil hombres, en el momento de máximo esfuerzo militar español durante la II Guerra Mundial su número llegaba a los ciento cincuenta mil. Si bien antes de la Guerra Civil los acuartelamientos de determinadas unidades como la Legión y algunos de los grupos de Regulares eran un alarde de comodidades para mandos y tropa, muchas otras, en especial los de las mehalas, estaban lejos de ser aceptables<sup>28</sup>. Lógicamente, a partir de la primavera de 1939 la situación era penosa. La mayoría de las unidades debían utilizar acuartelamientos inadecuados e improvisados, mientras que otras se alojaban en campamentos de barracones en pleno campo o vivían en las mismas obras defensivas que construían. De modo general los batallones debían rotar para poder disfrutar por turno de unas comodidades aceptables en los antiguos acuartelamientos. Estas duras condiciones afectaban no solo a la moral de las unidades sino a la salud de sus componentes. La escasez y mala calidad

<sup>27</sup> Entre otras IHCM-Ávila, 6279.3.

<sup>28</sup> Sobre este tema, ver GONZÁLEZ BADÍA, Saturnino: «Fuerzas jalifianas», en *Gaceta de África*, número extraordinario 1935, pp 23-25.



del agua disponible en los campamentos, la falta de higiene, las deficiencias alimentarias y la instalación de algunos de los campamentos en zonas donde el paludismo era endémico constituían una permanente fuente de bajas por enfermedad<sup>29</sup>.

Otro problema adicional, este común a todo el Ejército español de la inmediata posguerra, era el de la escasez de oficiales subalternos y suboficiales cualificados.

Si al inicio de la Guerra Civil el ejército de África disponía de un selecto grupo de cuadros de mando, muchos de ellos con experiencia en las campañas de pacificación y con una formación adecuada en las academias militares, la Guerra Civil vino a variar dramáticamente esta situación. En abril de 1939, los antiguos capitanes, tenientes y alféreces de julio de 1936 que habían sobrevivido a la Guerra Civil eran comandantes o capitanes. Todos los oficiales subalternos, tenientes y alféreces, que mandaban secciones en 1939 procedían bien de los suboficiales de julio de 1936 o de los oficiales provisionales, formados estos últimos en breves cursos durante la Guerra Civil. Ciertamente, todos ellos tenían experiencia de combate, en muchos casos habían sido heridos o condecorados por su valor, pero muchos adolecían de los conocimientos técnicos necesarios para desarrollar adecuadamente sus tareas de instrucción en tiempo de paz.

El problema era especialmente grave en las unidades de Artillería e Ingenieros, aunque era extensivo a todo el Ejército. Al problema de su falta de cualificación se sumaba el de su escasez dado que ni de lejos se cubrían las plantillas<sup>30</sup>. En la documentación conservada en el Archivo Militar de Ávila hay numerosos informes de los jefes de unidad<sup>31</sup> quejándose sobre este particular, sin duda añorando la situación de julio de 1936, cuando la profesionalidad del ejército de África constituía la admiración de los observadores extranjeros<sup>32</sup>.

Junto al problema de los mandos subalternos cabe añadir el presentado por la recluta peninsular. En el más favorable de los casos la tropa pertenecía a llamamientos que ya habían prestado, durante la Guerra Civil, algunos meses de servicio en las filas del bando nacional. Pero otros procedían de la

<sup>29</sup> IHCM-Ávila, 6311.13.

<sup>30</sup> Un caso extremo lo constituía el 1.º Batallón de Regimiento de Fortificación n.º 2, enviado como refuerzo en mayo de 1943. Para un total de 1.520 individuos de tropa, la unidad disponía de un capitán, seis oficiales subalternos (cuatro de ellos provisionales) y dos suboficiales. IHCM-Ávila, 6311.12.

<sup>31</sup> Entre otros, carta de 25 de agosto de 1941, dirigida por el general jefe del IX Cuerpo de Ejército al alto comisario, general Orgaz. IHCM-Ávila, 6278.6.

<sup>32</sup> Sobre este aspecto ver los comentarios del agregado militar alemán en París, general Kühenthal, quien también era responsable para España. VIÑAS, Ángel: *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil*. Alianza, 2001, pág. 301.

«España liberada» y eran antiguos componentes del ejército vencido. Aunque los más comprometidos políticamente de estos últimos habían sido encuadrados en los batallones de Trabajadores Penados, con el resto quedaba la duda de su fidelidad ideológica al nuevo régimen. De todas formas, en todos los casos se daba el cansancio ante lo prolongado de su servicio en filas.

Finalmente, como colofón a todos estos problemas, existía el del armamento y equipo. Si bien teóricamente completo, existían numerosas deficiencias que limitaban la eficacia del mismo. En primer lugar, todo él estaba muy gastado con numerosas armas descalibradas por su uso intensivo y prolongado durante la Guerra Civil. En otros casos, la falta de repuestos impedía las necesarias tareas de mantenimiento o las reparaciones del material averiado. También faltaban elementos auxiliares para su adecuado empleo, problema que se agravó con las unidades de refuerzo llegadas durante el verano de 1940. Morteros sin goniómetros, piezas de artillería sin sus tablas de tiro, fusiles sin bayonetas, falta de adecuado calzado, escasez de tiendas, ganado de edad excesiva, etc. eran el ejemplo evidente de que el numeroso Ejército de África estaba lejos de ser una eficaz máquina de guerra<sup>33</sup>.

### LOS OBJETIVOS ESPAÑOLES EN ÁFRICA

Cuando se habla de las compensaciones territoriales que España esperaba obtener de su hipotética participación en la Guerra Mundial es frecuente hacer referencia a la obra *Reivindicaciones de España* de Areilza y Castiella<sup>34</sup> (fig. 5). En realidad, esta obra va más allá de cualquier revisión territorial más o menos factible para convertirse en un muestrario de todas las frustraciones de los colonialistas españoles en el siglo XIX. Más aceptables, aunque tampoco realistas, venían a ser las reivindicaciones presentadas en sus posteriores libros de memorias por Serrano Suñer<sup>35</sup>. Estas reivindicaciones abarcaban gran parte del norte de África y del golfo de Guinea. En esa línea, más posibilista, se encontraban las ideas del africanista por antonomasia, Tomás García Figueras<sup>36</sup>.

Para García Figueras, la zona de influencia española debería extenderse a la totalidad de un Marruecos unido, con un guiño hacia los territorios

<sup>33</sup> Entre otros: IHCM-Ávila, 6311.15.

<sup>34</sup> AREILZA, José María de y CASTIELLA, Fernando María: *Reivindicaciones de España*. Instituto de Estudios Políticos, 1941.

<sup>35</sup> SERRANO SUÑER, Ramón: *Entre España y Gibraltar*. EPESA, 1947, y Memorias, PLANETA, 1977.

<sup>36</sup> GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Reivindicaciones de España en el norte de África*. Guión de la conferencia sobre el tema en Biblioteca Nacional. Referencia: VC 1552/41.



*Figura-5*

de Argelia, en especial la zona de Orán, colonizados en gran medida por españoles.

En septiembre de 1940, durante el primer viaje de Serrano Suñer a Alemania, García Figueras figuró en el séquito como cualificado representante de las reivindicaciones marroquíes de España. Sin embargo, en ese viaje comenzaron a quebrarse las ilusiones españolas de construirse un imperio colonial en África que debería formarse por la gracia y benevolencia de la Alemania de Hitler.

Mucho más realista fue la postura de Juan Beigbeder, ministro de Asuntos Exteriores en el verano de 1940. Ya desde su época de alto comisario, entre 1936 y 1939, había elaborado planes para la ocupación de Tánger, planes que se ponen en práctica el 14 de junio de 1940<sup>37</sup>. Su hábil juego diplomático con franceses y británicos, manejando la amenaza de una acción de fuerza italiana sobre Tánger, permite que esta ocupación se haga, si no con el respaldo, al menos con la aceptación formal de los franco-británicos<sup>38</sup>. Al objeto de resaltar el carácter especial de la ocupación, esta se deja a cargo de las unidades de las mehalas de Tetuán y Larache, tropas no pagadas directamente por España y teóricamente dependientes del jalifa. Asimismo, Beigbeder promete garantizar la permanencia de la administración internacional, promesa que sería quebrantada por su sucesor en el ministerio de Exteriores, Serrano Suñer, que simplemente integró la ciudad internacional en el Protectorado español.

Al mismo tiempo que se ocupa Tánger, Beigbeder presiona a los franceses en busca de una modificación de los límites entre los Protectorados. El mínimo a alcanzar era la inclusión en el Protectorado español de las cabilas de Beni Zerual, Ulad Buril, Metalsa y Magaragua, cuya posesión estaba en discusión desde 1925<sup>39</sup>. Esta presión española sobre la vencida Francia disfruta de un cierto apoyo de los británicos, que todo lo dan por bueno mientras España mantenga su neutralidad. La postura de Beigbeder en su negociación con el embajador francés en Madrid, Baume – «es mejor que esos territorios sean ocupados por España que por los alemanes» –, aunque cínica, rinde sus resultados con una aceptación resignada por parte de los negociadores franceses<sup>40</sup> que solo pusieron como condición que la entrega de los territorios se materializase al final de la guerra y que, incluso, llegaron a aceptar una ocupación permanente de Tánger por España. Por supuesto, tras el final de la guerra mundial estas cesiones no se llevaron a cabo.

Simultáneamente a este juego diplomático, desde el Protectorado español se hace exhibición de fuerza. Aun con todas sus deficiencias, en la segunda quincena de junio de 1940 el Ejército español del Protectorado es

---

<sup>37</sup> Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco. Tomo II-1, Fundación Francisco Franco 1992, pp. 135-153 y 205-208.

<sup>38</sup> Postura francesa en, CATALA, Michel: *Les relations franco-espagnoles pendant la deuxième guerre mondiale*. L'HARMMATAN, 1997, pp. 119-123. Respecto a la opinión británica, HOARE, Samuel: *Ambassador on special mission*. Collins, 1946, pp. 50-52.

<sup>39</sup> Tras las operaciones combinadas hispano-francesas en 1925, estas cabilas, en teoría dentro de la zona asignada a España, habían sido ocupadas por tropas francesas. Primo de Rivera aceptó la situación en espera de la firma de un acuerdo general de delimitación de la frontera entre ambas zonas de Protectorado. Este acuerdo nunca se produjo, por lo que los franceses continuaron ocupando las cabilas en disputa.

<sup>40</sup> CATALA, Michel: *op. cit.*, pp 139-147.

superior al francés que se le puede oponer desde Marruecos y Argelia<sup>41</sup>. Por otra parte, la derrota de Francia, ya evidente, juega en contra de la fidelidad de las cabilas hacia los franceses. La acción que se pretende, apoyada en la letra del tratado franco-español de noviembre de 1912, se basa en provocar la agitación de las cabilas fronterizas para justificar una actuación «pacificadora» española en la zona francesa.

Todo estaba preparado, se había seleccionado a los interventores más experimentados para hacerse cargo de las nuevas cabilas a ocupar; durante los meses precedentes, la Delegación de Asuntos Indígenas había elaborado y difundido detallados informes sobre esas cabilas<sup>42</sup>; en estas los componentes del «partido español, en su mayoría antiguos combatientes en el ejército de Franco durante la Guerra Civil, habían comenzado a actuar; las harcas de las zonas fronterizas estaban movilizadas, dispuestas a infiltrarse en el Protectorado francés; el Ejército estaba preparado para ocupar sus posiciones en la frontera...

Sin embargo, a pesar de los temores franceses recogidos en los informes de sus 2.<sup>as</sup> secciones, nada sucede<sup>43</sup>. La oportunidad, motivada por el vacío de poder militar en el Protectorado francés, pasará a primeros de julio cuando la guarnición del Protectorado francés vuelva a incrementarse.

A partir de la firma del armisticio, numerosas unidades indígenas son devueltas desde Francia a Argelia y Marruecos para ser desmovilizadas. Aún antes del armisticio, en unos momentos en que la actitud del residente general francés en Rabat, general Nogués, permanece dudosa respecto a su aceptación del armisticio, muchos pilotos franceses habían escapado con sus aviones desde territorio metropolitano al norte de África. Pronto, las fuerzas francesas en el norte de África se duplican. La Aviación francesa es un reto insuperable para las limitadas posibilidades de la Aviación española del Protectorado. Esta estaba constituida por el Regimiento Mixto n.º 3 del Ejército del Aire, cuyos escasos sesenta aviones<sup>44</sup> son más que triplicados por los franceses, que además son de características muy superiores<sup>45</sup>.

---

<sup>41</sup> Una gran parte de las habituales unidades de guarnición en el Protectorado francés habían sido enviadas a la metrópoli, por lo que las unidades disponibles en junio de 1940 en el Marruecos francés eran escasas y, en general, poco adiestradas. LEVISSE-TOUZE, Christine: *L'Afrique du nord dans la guerre 1939-1945*. Albin Michel, 1998, pp. 56-61.

<sup>42</sup> Detallados informes sobre estas cabilas venían siendo publicados, a lo largo de 1940, como anexos de los boletines mensuales de información de la Delegación de Asuntos Indígenas. Algunos de estos anexos en AGA-África Caja M-3249.

<sup>43</sup> CATALA, Michel: *op. cit.*, pág. 125.

<sup>44</sup> Sobre las Fuerzas Aéreas españolas en el Protectorado de Marruecos, ver GONZÁLEZ SERRANO, José L.: *Las unidades y el material del Ejército del Aire durante la II Guerra Mundial*. Quirón, 2005.

<sup>45</sup> LEVISSE-TOUZE, Christine: *op. cit.*, pp. 60-61.

Cuando el 3 de julio de 1940 los ingleses atacan a la flota francesa en Mazalquivir, Hitler asume tres importantes axiomas: el primero es que los ingleses no contemplan en modo alguno el llegar a una solución negociada; el segundo es que los franceses del norte de África seguirán fielmente las órdenes de Petain luchando contra *quinconque*; el tercero es que las condiciones del armisticio, que contemplaban para el conjunto del norte de África un ejército francés limitado a unos treinta mil hombres, deben ser modificadas al objeto de incrementar las posibilidades de defensa de los franceses, ampliándose hasta un total de ciento veinte mil hombres.

A través de Serrano Suñer y de Beigbeder, España pide la intervención de Italia, país responsable de las Comisiones de Armisticio en el norte de África, para reducir ese nuevo umbral de las fuerzas francesas en la zona<sup>46</sup>. El fracaso de esta petición convence a España de que nada podrá conseguir por la fuerza y que, por el momento, sus esperanzas radican en una hipotética buena voluntad alemana hacia España. Así pues, se deberá esperar a obtener el botín colonial en la mesa de negociaciones en la que se formalice definitivamente el final de la contienda.

A partir de entonces, las sucesivas directivas<sup>47</sup> para el Ejército de África contemplan misiones defensivas, variando su centro de gravedad desde la frontera entre los Protectorados hacia las costas atlánticas y el Estrecho, preparándose para un posible desembarco de los anglosajones.

Dentro de este cambio de objetivo, debe destacarse la gigantesca tarea de artillado de la costa sur del Estrecho, que complementando a la desarrollada en la costa norte daba a España, si no el control total del Estrecho, al menos la capacidad de dificultar el tránsito de buques no deseados y de obligar a grandes operaciones aeronavales a cualquiera que desease forzar el estrecho en contra de la voluntad española.

## *LOS REFUERZOS DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA DURANTE LA II GUERRA MUNDIAL*

A partir del mes de mayo de 1940, la Alta Comisaría, a indicación del ministro Beigbeder, ordena a los interventores de las cabilas fronterizas el reclutamiento de harcas que deberían estar dispuestas a una actuación in-

---

<sup>46</sup> Télex entre Beigbeder y el embajador en Roma. FFF 4474 y 4475.

<sup>47</sup> En el AGA, es posible localizar alguna de estas directivas, dispersas en el Fondo África. Posiblemente, la última de las directivas del Ejército de África relacionada con la II Guerra mundial sea la relativa a la cobertura de la frontera con Tánger tras la salida de las tropas españolas en el otoño de 1945. AGA-África, M-2010.



mediata. Ya hemos visto cómo estas tropas irregulares no llegaron a ser empleadas, originando reiteradas quejas del alto comisario Asensio, que veía como los costes de esta movilización recaían sobre los siempre escasos recursos económicos del Protectorado<sup>48</sup>.

Desde agosto de 1940 el ya numeroso Ejército de África se vio reforzado por unidades procedentes de la Península. No están claras las razones que motivaron este refuerzo. Aparentemente, los deseos expansionistas españoles a costa de las posesiones francesas se habían amortiguado desde principios de julio, por lo que el envío de más fuerzas podía parecer innecesario.

Puede que el motivo para su envío fuese el incremento de las fuerzas francesas, autorizado por la Comisión de Armisticio, hasta alcanzar ciento veinte mil hombres para el conjunto del norte de África. Es posible que existiese la voluntad española de continuar disponiendo de superioridad, al menos numérica, sobre los franceses o bien se debiese a la previsión española de una reacción de los británicos sobre el Protectorado en caso de verse amenazados en Gibraltar.

A finales de septiembre de 1940 las fuerzas españolas en el Protectorado se incrementaron notablemente. El refuerzo principal consistía en dos divisiones de Infantería, la n.º 41, procedente de Tarragona, y la n.º 52 de Montaña, que venía desde Huesca. La primera está equipada con parte del armamento dejado por los italianos del *Commando Truppe Volontarie* (CTV) al regresar a su país. La segunda justificaba el título de Montaña por disponer de dos grupos de artillería a lomo en su regimiento de Artillería y porque uno de sus regimientos de Infantería estaba teóricamente equipado e instruido para el combate en esa clase de terreno.

Inicialmente, la n.º 41 desembarcará en Ceuta y pronto sustituye a las mehalas en la guarnición de Tánger. La n.º 52 fue asignada a Villasanjurjo, con un posterior traslado de parte de la misma a la zona de Larache-Tetuán, dentro de la reorientación del despliegue para hacer frente a desembarcos en la costa atlántica y el Estrecho (fig. 6).

Uno de los grupos de artillería de Montaña, el regimiento de Infantería de Montaña y elementos de Transmisiones y Servicios de la División n.º 52 quedaron en la zona montañosa del Rif central, considerada como una zona pasiva y cuya defensa fue asignada a las mehalas reforzadas por esas unidades peninsulares<sup>49</sup>.

Junto a estas dos divisiones se enviaron a Marruecos muchas otras unidades, como el Regimiento Antiaéreo n.º 72, desde Barcelona, que aportó a

---

<sup>48</sup> AGA-África, M-2007.

<sup>49</sup> IHCM-Ávila, 6279.4.



Figura-6

la defensa del Protectorado los cañones anti-aéreos más eficaces de que disponía España, o el Grupo de Artillería Experimental del Regimiento de Artillería n.º 14 de Sevilla, con las doce únicas piezas de artillería de campaña realmente modernas de que disponía el Ejército español. Mención especial merece la creación del Regimiento de Carros de Combate n.º 5, organizado en Laucien en octubre de 1941 con el material cedido por los Regimientos de Carros n.º 3 y n.º 4, con un total de 58 carros de combate, (27 T-26 de origen ruso y 31 Panzer I alemanes)<sup>50</sup>. Además de estas unidades, se enviaron numerosas piezas de artillería de campaña de modelos descatalogados, que se emplearon para batir los posibles lugares de desembarco de las costas del Protectorado.

En su conjunto, el Ejército de África era prácticamente incapaz de operaciones ofensivas, tanto por sus propias limitaciones como por la falta de recursos, en especial carburante. Sin embargo, sus capacidades unidas a las numerosas obras de fortificación le proporcionaban una capacidad defensiva

<sup>50</sup> MARÍN, Joaquín y MATA, José M.ª: *Carros de combate del Ejército Español*. Quirón, 2005, pp.14-15.

notable, que costaría numerosas bajas a un posible atacante. En todo caso, la defensa quedaba limitada a la disponibilidad de municiones, que no sería posible reponer desde la península, ya que el dominio del mar correspondería siempre a los anglosajones.

### *LA ESTRATEGIA FRANCESA*

Para las autoridades del Protectorado francés en Marruecos, la existencia del Protectorado español constituía una molestia mal disimulada. El mariscal Lyautey, alma y creador del sistema colonial francés en Marruecos, no había disimulado nunca ni el malestar que le producía la existencia del Protectorado español ni su desprecio por los españoles. Esta actitud se mantuvo tras la marcha de Lyautey de Marruecos y ni aun la colaboración franco-española, entre 1924 y 1927, logró eliminarla.

Independientemente de estas razones, que podríamos considerar intrínsecas, la existencia del Protectorado español constituía un riesgo añadido para los planificadores militares franceses.

En sus planes para hacer frente a una agresión a sus fronteras del este, Francia consideraba la necesidad de reforzar sus unidades metropolitanas con unidades coloniales procedentes del norte y oeste de África. Estos soldados africanos, «el ejército de negros» como lo denominaba el alto comisario Beigbeder en una de sus cartas a Franco<sup>51</sup>, eran una pieza importante en los planes militares franceses. De hecho, en mayo de 1940, de las cerca de 90 divisiones de Infantería que Francia desplegó en sus fronteras del este<sup>52</sup>, un total de 17 provenían de las posesiones coloniales, lo que representa casi el 20 % y cuyo total era superior al de los Ejércitos belga u holandés y casi el doble del Cuerpo Expedicionario Británico en Francia.

Evidentemente, el traslado de esas tropas se podía complicar si España se alineaba con los enemigos de Francia, ya que su situación geográfica amenazaba tanto las rutas que se dirigían desde el norte de África al sur de Francia como desde el África occidental a los puertos franceses del Atlántico<sup>53</sup>. La existencia del Protectorado español, desde el punto de vista marítimo, aumentaba los riesgos de navegación por el mar de Alborán y, desde el punto de vista terrestre, era una permanente amenaza hacia las comunicaciones terrestres entre Marruecos y Argelia que, a través del llamado boquete de Taza, discurrían por medio de un ferrocarril y una única carretera,

<sup>51</sup> Carta de Beigbeder a Franco de 2 de abril de 1939. FFF 26887.

<sup>52</sup> SUMMER, Ian y VAUVILLIER, François: *The French Army 1939-1945*. OSPREY, 1998.

<sup>53</sup> Axis Plans in the Mediterranean. London General Press, 1939, pág.18.

cuyos trazados discurrían a escasas decenas de kilómetros del Protectorado español.

Durante la Guerra Civil española, el residente general en Rabat, el general Nogués, consideró la ocupación del Protectorado español como una necesidad fácil de satisfacer. Según frase de algunos de sus oficiales, sus tropas entrarían en la zona española con la misma facilidad con la que «el cuchillo corta la manteca fresca<sup>54</sup>».

La operación, planeada al detalle por el Estado Mayor de Rabat<sup>55</sup>, comprendía un ataque principal desde el Protectorado francés con la dirección Alcazarquivir-Larache-Arcila-Tetuán que sería complementado con otros secundarios, uno en dirección a Chauen y otro desde el alto Muluya hasta Melilla.

Estos planes estuvieron a punto de materializarse a principios de 1937, cuando la prensa republicana española, secundada por la prensa de izquierdas francesa, emprendió una campaña afirmando que la zona española estaba repleta de tropas alemanas e italianas. Estas noticias eran falsas, pero estuvieron a punto de desencadenar una acción francesa, ya que la presencia de fuerzas de terceros países violaba el tratado franco-español de 1912. Una segunda ocasión, esta con mayor riesgo de llegar a ser realidad, tuvo lugar durante la primavera y el verano de 1938, cuando la crisis de los Sudetes estuvo a punto de desencadenar la guerra en Europa.

Una vez superada esta última crisis y con la perspectiva del triunfo del bando franquista en la Guerra Civil, la política exterior francesa debió reorientarse hacia la búsqueda de la benevolencia de Franco y al mantenimiento de la neutralidad española.

Esta búsqueda de la benevolencia española incluía aspectos tan razonables como la devolución de la flota republicana internada en Bizerta, la entrega del material internado, desde Cataluña a Francia, en enero de 1939 o la entrega de los depósitos bancarios españoles en Francia, incluido el oro depositado en Mont de Marsan. Pero también otros tan simbólicos como la devolución de obras de arte españolas que a lo largo de la historia habían terminado en manos francesas. Entre estas destacaban la célebre *Dama de Elche* o el cuadro de la *Inmaculada*, llamada de Soult, expoliado durante la Guerra de Independencia. La devolución de las banderas españolas tomadas por los franceses durante la misma guerra constituyó un acto de menor importancia material y artística pero de gran importancia desde el punto de vista moral para el Ejército español.

<sup>54</sup> Carta de Beigbeder a Franco de 15 de junio de 1939. FFF 26904.

<sup>55</sup> MARTÍNEZ PARRILLA, Jaime: *Las Fuerzas Armadas francesas ante la Guerra Civil española (1936-1939)*. Ediciones Ejército, 1987, pp.176-183.

En esta línea de tratar de congraciarse con Franco responde la designación del mariscal Pétain, el hombre más prestigioso de Francia, como embajador en España, algo que sin duda halagó la vanidad de Franco<sup>56</sup>.

En el Protectorado, esta nueva política francesa supuso la reapertura de la frontera entre los Protectorados, cerrada durante la Guerra Civil, la celebración de varias conferencias entre el alto comisario y el residente general, la oferta francesa de un acuerdo para limitar la tensión en la frontera, que no fue aceptada por los españoles<sup>57</sup>, y otras medidas, que en líneas generales trataban de facilitar las relaciones entre ambas zonas.

El último intento francés, antes de su derrota, para llegar a algún tipo de entendimiento con España fue la petición para una ocupación militar combinada franco-española de la zona internacional de Tánger, oferta que España también declinó<sup>58</sup>.

La Francia de Vichy, un régimen en muchos aspectos similar al de Franco, mantuvo unas relaciones formalmente cordiales con el Gobierno español, aunque en Marruecos se mantuvo una cierta tensión entre los sucesivos altos comisarios españoles, generales Asensio y Orgaz, y el residente general, Nogués, siempre dentro de la más estricta cortesía.

### LA ESTRATEGIA BRITÁNICA

Ya antes se ha apuntado cómo para los británicos la presencia española en el norte de Marruecos era una garantía de que esa zona no fuese ocupada por una gran potencia. Esta premisa cambió tras el fin de la Guerra Civil española y al igual que la diplomacia francesa la británica trató de congraciarse, en la medida de lo posible, con el nuevo Gobierno español.

Dentro de esta estrategia de «apaciguamiento» se incluyó la firma de un acuerdo comercial y económico y la concesión de un préstamo en condiciones muy favorables para los intereses españoles<sup>59</sup>, acciones que resultaban vitales para la recuperación de la economía española.

Esta estrategia se vio reforzada cuando comenzó a ser evidente la derrota de Francia. A finales de junio de 1940 llegaba a Madrid el nuevo embajador británico en España, Sir Samuel Hoare. Hoare era un «peso pesado» de la política británica: miembro del Partido Conservador, había ocupado algu-

<sup>56</sup> CATALA, Michel: «L'ambassade espagnole de Pétain (mars 1939-mai 1940)», en *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, número 55, pp. 29-42.

<sup>57</sup> Esta oferta estaba incluida dentro de un borrador de acuerdo militar entre los dos países. CATALAN, Michel: *op. cit.*, pág. 60.

<sup>58</sup> *Ibidem*, pág. 120.

<sup>59</sup> ALPERT, Michel: *op. cit.*

nos de los puestos más destacados en el ejecutivo británico, entre ellos el de secretario de Exteriores. Estrechamente ligado a la política de Chamberlain, la caída de su Gobierno, tras el fracaso aliado en Noruega, había dejado a Hoare sin tarea y desprestigiado.

Churchill, quien no tenía por él la menor simpatía, le envió a España a finales de junio de 1940 con la misión de retrasar en lo posible la entrada de España en la guerra, algo que Churchill daba por descontado. Pronto, Hoare estableció una estrecha relación de amistad con el ministro español de Exteriores, Juan Beigbeder. Esta amistad dio lugar a una serie de mutuas confidencias y complicidades. Hoare aceptó sin mayores preocupaciones la ocupación española de Tánger, llegó a avalar verbalmente la modificación, a favor de España, de la frontera entre los Protectorados francés y español e incluso, aunque esto fue desmentido años después por el Gobierno británico<sup>60</sup>, la reintegración a España de Gibraltar al término de la guerra mundial si España mantenía su neutralidad.

Simultáneamente a esta política de aproximación a España, el Joint Planning Staff (JPS) británico estaba elaborando una serie de planes militares<sup>61</sup> que contemplaban un ataque español contra Gibraltar o a la entrada de fuerzas alemanas en España con la misma finalidad.

Estos estudios británicos evaluaban las posibilidades de ocupación de los archipiélagos atlánticos –Canarias, Cabo Verde, Madeira, Azores y del Protectorado español en Marruecos– como alternativas a la pérdida de Gibraltar, pérdida que se daba por segura si España entraba en la guerra en el bando del Eje.

Una de las hipótesis de esa planificación consideraba la posibilidad de que España se opusiese militarmente a la entrada de las fuerzas alemanas en su territorio y, en consecuencia, se elaboraron una serie de planes para una posible cooperación con los españoles. Beigbeder, cesado como ministro en octubre de 1940, había expuesto a Hoare sus planes para oponerse, con acuerdo de Franco o sin él, a la entrada alemana en España. Sus planes pasaban por sublevar el Protectorado y desde allí, con apoyo británico, hacerse con el control de Canarias y el sur de España. Dentro de sus planes, o más bien elucubraciones o ideas poco elaboradas, se incluía la participación a su lado de Portugal y de las fuerzas francesas del norte de África. Como

<sup>60</sup> Sobre esta cuestión ver el artículo de OPPENHEIMER, Walter en *El País* del 2 de enero de 2005.

<sup>61</sup> En relación con la planificación militar aliada con respecto al estrecho de Gibraltar, ver PASCUAL SÁNCHEZ-GIJÓN, Luis: *La planificación militar británica con relación a España desde la caída de Francia hasta el desembarco anglo-norteamericano (1940-1942)*, Instituto de Cuestiones Internacionales, 1983, y KIME, Marlin Gilbert: *The contest for Spain during World War II: Anglo-American planning to retain control over the straits of Gibraltar*. University of Nebraska, 1987.



colofón, Beigbeder proclamaría la monarquía en España y actuaría como regente<sup>62</sup>.

En caso de un enfrentamiento español contra Alemania, en el conjunto de su territorio, el JPS consideraba que la colaboración británica con España debería ascender al menos a 40 divisiones, de las que el Reino Unido no disponía en esos momentos.

En el caso de un repliegue voluntario de las fuerza españolas hasta Andalucía, el JPS estudió la ocupación de un perímetro alrededor de Gibraltar de unos 60 km, lo que pondría la base fuera del alcance de la artillería. En función de las hipótesis del enemigo, las fuerzas británicas necesarias variarían entre seis a ocho divisiones, de las que en el caso más favorable una debería ser acorazada y en el más desfavorable lo deberían ser tres. La participación española sería de entre seis a doce divisiones. Aun en el caso, poco probable, de que los españoles pudiesen aportar esas fuerzas, el Reino Unido no disponía de las requeridas en el plan.

A pesar de la importancia que para los británicos tenían estos planes elaborados para garantizar la seguridad de Gibraltar, durante los años 1940 y 1941 carecían de medios para ponerlos en práctica, por lo que no pasaron del proyecto.

Como consecuencia de esta circunstancia se comenzaron a estudiar opciones más limitadas. De estas surgió la operación *Blackthorn*, que consistía en dos partes: la primera se basaba en un programa de destrucciones de vías de comunicaciones e instalaciones portuarias en territorio español; la segunda era el plan *Ballast*, que consideraba la posibilidad de que desde España se invitase a los británicos a establecer fuerzas en el Protectorado, con el condicionante de la neutralidad de las posesiones francesas en la zona. De acuerdo al plan *Ballast* los británicos enviarían a Marruecos tres escuadrones de bombardeo y tres de caza.

En una reunión celebrada en Gibraltar el 17 febrero de 1941, en la que participaron Hoare, Eden, el comandante de la base de Gibraltar y el *Chief of Imperial Staff*, quedó claro que esos planes no eran suficientes para reforzar o motivar la resistencia española en caso de una invasión alemana, por lo que se procedió a elaborar un nuevo plan que se denominó *Saphic*.

Este plan contemplaba el refuerzo de las fuerzas españolas que resistiesen en el sur de la Península con un Cuerpo de Ejército británico compuesto por dos divisiones de Infantería y una brigada acorazada. A estas fuerzas terrestres se sumarían cuatro escuadrones de caza y cuatro de bombardeo, que podrían operar desde el Protectorado.

<sup>62</sup> Carta de Hoare a Viscount Halifax. NA/Public Record Office de 29 oct. 1940, 371/24517. Citado por PASCUAL SÁNCHEZ-GUJÓN, Luis: *op. cit.* pp. 67-68.

El plan admitía la posibilidad de una rápida derrota española y la pérdida de las unidades británicas empleadas, pero a cambio se obtendría la libre entrada en Canarias y en el Protectorado español, al tiempo que se dispondría de las 850.000 t de la flota mercante española.

Este plan se vio perturbado, a partir de marzo de 1941, por el apoyo británico a Grecia, que implicó la participación de una fuerza de entidad similar a la prevista para *Saphic*. En pocas semanas los británicos se vieron obligados a reembarcar en Grecia, perdiendo la casi totalidad de su equipo. Simultáneamente, el embajador español en Londres, el duque de Alba<sup>63</sup>, había informado a Eden, ministro británico de Exteriores, que Franco no cedería a las presiones alemanas para obtener paso libre por España mientras los británicos controlasen Suez. De acuerdo a esa información la defensa de Egipto era la mejor garantía para la defensa de Gibraltar.

A pesar de que el Protectorado español, con los puertos de Ceuta y Tánger, hubiese sido una buena alternativa a la pérdida de Gibraltar, los ingleses nunca consideraron en sus planes su ocupación contra la voluntad española y eso a pesar de que su dominio del mar les haría inalcanzables desde el continente europeo.

Sin duda eran conscientes de las deficiencias del Ejército español en Marruecos, pero también de su tamaño y capacidades, para enfrentarse al cual se requerirían unas fuerzas de desembarco británicas muy superiores a las posibilidades existentes durante 1940 y 1941. Tampoco era conveniente arriesgarse a provocar una reacción de las guarniciones francesas de Argelia y Marruecos, que podrían haber apoyado a los españoles e, incluso, alinearse definitivamente del lado alemán.

Como consecuencia de todos estos factores, cualquier plan respecto al envío de tropas británicas a la Península se abandonó y la planificación británica se centró en la ocupación de las islas atlánticas, dando lugar a la operación *Pilgrim*<sup>64</sup>, que contemplaba la ocupación de las islas Canarias con o sin acuerdo español. Para este plan se mantuvieron permanentemente preparados tanto los buques como las fuerzas de tierra necesarias y la operación no sería desactivada hasta el éxito de los desembarcos en Argelia y Marruecos, consecuencia de la operación *Torch*.

A partir de los inicios de la planificación de *Torch*, los estrategas británicos, conscientes de sus limitaciones en material y en recursos humanos,

---

<sup>63</sup> *Ibidem*, pág. 77.

<sup>64</sup> Un detallado estudio sobre la planificación militar británica respecto a Canarias en DÍAZ BENÍTEZ, Juan José: *Canarias indefensa: los proyectos aliados de ocupación de las islas durante la II Guerra Mundial*. Idea, 2008.

seguirán en la región la estela de los norteamericanos, que de ese modo adquirirán la preponderancia en el teatro de operaciones mediterráneo.

### *LA ESTRATEGIA ITALIANA*

Entre las reivindicaciones territoriales que el fascismo italiano tenía en el Mediterráneo (Niza, Saboya, Córcega y Túnez), no se incluía Marruecos. A finales del siglo XIX, Italia, como otros países europeos, había tratado de aumentar su influencia en Marruecos, pero este interés no se había materializado de forma efectiva.

A partir de 1928, como consecuencia de los torpes intentos de Primo de Rivera para incrementar el prestigio exterior de España<sup>65</sup>, Italia gozó de una presencia destacada en la administración internacional de Tánger, presencia que llegó a despertar los celos del alto comisario Beigbeder. Este, en los meses iniciales de la guerra mundial, llegó a temer un entendimiento entre los aliados e Italia a costa de los intereses españoles en Tánger<sup>66</sup>. De hecho, ya como ministro de Asuntos Exteriores, justificó la ocupación española de Tánger ante franceses y británicos como una medida preventiva que evitase una acción de fuerza de los italianos contra la ciudad, algo sobre lo que, en junio de 1940, no había en realidad la más mínima sospecha.

Dentro de los utópicos planes de reparto del Imperio colonial francés, en Italia se llegó a considerar la posibilidad de obtener una salida al Atlántico a través de Argelia y Marruecos, pero sin que esto fuese más que una idea con pocas posibilidades de realización. De hecho, los italianos pronto se desinteresaron de Marruecos, cediendo a los alemanes, sin ninguna resistencia, la gestión de las Comisiones de Armisticio en ese país<sup>67</sup>.

#### *La estrategia alemana*<sup>68</sup>

A pesar de que los geopolíticos alemanes de la escuela de Haushoffer habían elaborado teorías generales sobre el Mediterráneo<sup>69</sup>, en los momentos iniciales de la guerra, Alemania no tenía una estrategia definida respecto al área mediterránea. Dentro del Pacto de Acero ese área geográfica había

<sup>65</sup> BEN-AMI, Sholo: *El cirujano de hierro. La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*. RBA, 2012, pp. 116-124.

<sup>66</sup> Entre otros: Carta de Beigbeder a Franco de 4 de mayo de 1938. FFF 27800.

<sup>67</sup> THOMAS, Martin: *The French Empire at War 1940-45*. Manchester University Press, 1998, pág. 88.

<sup>68</sup> Para todo lo referente a la planificación militar alemana con respecto a España ver BURDICK, Charles: *Germany's military strategy and Spain in World War II*. Syracuse University, 1968.

<sup>69</sup> Ver, HUMMEL, Hans: *Der Mittelmeerraum zur geopolitik eines maritimen grossraumes*. Kurt Vowinckel Verlag, 1936.

sido asignada a Italia y, en consecuencia, Alemania se había desentendido de la región. En relación al Protectorado español, los intereses alemanes se limitaban a aspectos económicos. Como ejemplo, desde 1936, Alemania había sido el principal cliente de la Compañía de Minas del Rif, pero el tráfico comercial había quedado interrumpido a partir de septiembre de 1939.

Este desinterés continuó tras la rápida derrota francesa. En las reuniones que dieron lugar a la firma del armisticio y a su posterior aplicación, el protagonismo en la zona continuó en manos de los italianos. En todo el norte de África, las Comisiones de Armisticio que deberían vigilar la aplicación del mismo fueron asignadas a Italia.

Los alemanes comenzaron a reconsiderar su postura tras el ataque a Mazalquivir, a principios de julio, demostración de que los británicos seguirían la lucha. Hitler comenzó a interesarse, verdaderamente, por el teatro de guerra del Mediterráneo durante el mes de agosto, cuando se hizo patente el fracaso de los ataques aéreos contra Gran Bretaña.

Mazalquivir y, sobre todo, la defensa de Dakar, el 23 de septiembre de 1940, convencieron a Hitler de que Vichy respetaría su compromiso y defendería sus posesiones coloniales contra los británicos, y que una intromisión alemana en la zona solo supondría que esos territorios se pasasen al lado de De Gaulle. En consecuencia, uno de los principios de la política de Hitler en la zona fue la de respetar los términos del armisticio, tratando de obtener la mayor colaboración posible del Gobierno de Vichy.

Objetivo clave de la nueva política mediterránea de Hitler era la ocupación de Gibraltar, para lo que dictó la *Directiva del Führer n.º 18*, fechada el 18 de noviembre de 1940<sup>70</sup>. Esta directiva generó un plan denominado *Felix* que, con empleo casi exclusivo de unidades alemanas, daría lugar a la conquista de Gibraltar después de una previa neutralización artillera de la base británica. La ocupación de Gibraltar permitiría el cierre del Estrecho, dificultando la navegación británica y desalojando de su base a los buques de la Fuerza H., que bloqueaba la salida al Atlántico de las unidades navales italianas. Un aspecto no menos importante era que la pérdida de Gibraltar privaba a los británicos de bases aéreas, desde Gran Bretaña a Malta, lo que dadas las características de los aviones de la época suponía que cualquier refuerzo aéreo al teatro de operaciones mediterráneo debería llegar, tras una larga travesía, por la vía del Índico y el mar Rojo. Dentro del plan *Felix* se consideraba el paso al Protectorado español de dos divisiones alemanas, una acorazada y otra ligera. El envío de estas unidades se contemplaba en previsión de un desembarco británico en Marruecos, pero no parece que llegasen

---

<sup>70</sup> Documents on German foreign policy 1918-1945, serie D, volumen IX. Department of State, 1960, pp. 527-531.

a elaborarse planes adicionales para posteriores actuaciones alemanas en África desde el Protectorado español en Marruecos.

Es conocido cómo, ante las continuas quejas españolas sobre la falta de una adecuada preparación para la guerra, *Felix* no llegó a ponerse en práctica. El plan cayó en el olvido tras la primavera de 1941 como una consecuencia de la invasión de la Unión Soviética, que requería todas las fuerzas alemanas disponibles. Sin embargo, Hitler sugirió la elaboración de un plan alternativo *Felix-Heinrich* que implicaba la vuelta desde Rusia a España de las fuerzas a emplear en Gibraltar una vez que la campaña en Rusia estuviese decidida, algo que suponía se produciría antes de finalizar el año 1941. El fracaso de la campaña de Rusia convirtió este nuevo plan en irrealizable.

Los posteriores planes alemanes en relación con España, operaciones *Isabella* (septiembre de 1941), *Illona-Gisella* (mayo de 1942) y *Nürnberg* (junio de 1943), no contemplaban el paso de tropas alemanas a Marruecos. *Illona-Gisella* contemplaba la entrada de tropas alemanas en España para hacer frente a un hipotético desembarco aliado, en tanto que *Nürnberg* se **limitaba a cerrar los pasos del Pirineo desde el territorio francés.**

En las conversaciones que tuvieron lugar durante la primera visita de Serrano Suñer a Alemania, en septiembre de 1940, antes de ser nombrado ministro de Exteriores, en las que Serrano expuso las reivindicaciones españolas, Ribbentrop afirmó que los planes alemanes respecto a Marruecos se limitaban fundamentalmente a aspectos económicos, en especial a la explotación minera, y que sus ambiciones territoriales se limitaban a ocupar los puertos de Agadir y Mogador para establecer bases aeronavales.

La ocupación de estos puertos, junto con la petición de cesión de una de las islas Canarias<sup>71</sup>, hecha por Ribbentrop en la misma reunión, entraban dentro de los planes alemanes a largo plazo que contemplaban la realización de bombardeos sobre el continente americano. Sin embargo, en 1940, Alemania carecía de los vectores aéreos capaces de cubrir la distancia hasta las costas orientales de América y los proyectos en curso que tenían la autonomía suficiente, tanto aviones (Heinkel-177, Me-261/264 o Junker-290/390) como cohetes, no llegaron a ver la luz desde el punto de vista operativo antes del final de la guerra<sup>72</sup>.

En el Protectorado español, la actuación alemana se limitó a la reapertura de su antiguo consulado en Tánger, al establecimiento de una amplia red de información en torno al Estrecho y a una campaña de propaganda entre

<sup>71</sup> *Ibidem*, 83-91.

<sup>72</sup> Un amplio trabajo sobre los proyectos alemanes de bombarderos de largo alcance en GRIEHL, Manfred: «*Objetivo América...*». AF Editores, 2005.

la población indígena de ambos Protectorados que sembró la preocupación entre las autoridades españolas de la Alta Comisaría. Estas se veían obligadas a combatir esa propaganda sin irritar excesivamente a los alemanes, cuyo embajador en Madrid llegó a quejarse varias veces al ministro español de Asuntos Exteriores. Dentro de esta campaña de propaganda se incluía la diseminación de panfletos, las emisiones de radio en árabe desde Alemania y a la utilización de la prensa nacionalista, de los partidos Reformista de Abdeljalek Torres y de Unidad Nacional de Mekki Nassiri, como órganos de propaganda favorable a Alemania<sup>73</sup>.

A partir del verano de 1943, las presiones aliadas trataron de conseguir el cierre del consulado alemán en Tánger, acordado entre Hoare y el ministro Jordana en febrero de 1944, y la expulsión de los agentes alemanes. Sin embargo, algunos de ellos permanecían en el Marruecos español al término de la guerra<sup>74</sup>. Como en el resto del mundo árabe, en Marruecos, los alemanes no se atrevieron a jugar a fondo la carta del nacionalismo árabe, algo que podría haber puesto en graves dificultades a los aliados.

### *LA ESTRATEGIA NORTEAMERICANA*

Aunque fueron los últimos llegados al conflicto europeo, por un empeño especial de su presidente Roosevelt, los Estados Unidos tenían un particular interés por la situación en el norte de África.

Desde mucho antes del ataque japonés a Pearl Harbour, Roosevelt había dado numerosas muestras de su voluntad de cooperar con los franceses y los británicos para conseguir la derrota del Eje.

Tras la capitulación de Francia, esta voluntad se fortaleció, incrementándose el apoyo político y económico al Gobierno de Londres. Simultáneamente a estas medidas, Roosevelt puso en práctica una serie de acciones encaminadas a garantizar la inviolabilidad del continente americano, independientemente de la suerte que pudiese correr el Reino Unido en su enfrentamiento con el Eje.

En marzo de 1941, Roosevelt firmaba la Ley de Préstamo y Arriendo que permitía transferir equipo militar a cualquier país que fuese considerado vital para los intereses defensivos de Estados Unidos. Las cesiones de material a Reino Unido fueron compensadas por la autorización otorgada a Estados Unidos, por parte británica, para construir y operar bases aeronava-

<sup>73</sup> AGA-África, Caja M-2006.

<sup>74</sup> Para todo lo referente a las actividades y destino final de los agentes alemanes en España, ver COLLADO SEIDEL, Carlos: *España, refugio nazi*. Temas de Hoy, 2005.

les en algunas de sus posesiones ultramarinas británicas, como: Terranova, Barbados, Ascensión, etc.

En julio de 1941, Estados Unidos ocupó Islandia, territorio dependiente de Dinamarca, donde también estableció bases militares. Todas estas medidas en territorios tan dispares estaban encaminadas tanto a evitar su ocupación por las fuerzas del Eje como a permitir a Estados Unidos el disponer de bases avanzadas que facilitasen la defensa a distancia del territorio americano.

Dentro de esta política, Estados Unidos prestó una especial atención al norte de África, una zona que hasta entonces no había sido objetivo preferente de la acción exterior de Estados Unidos. La designación como cónsul norteamericano en Argel de Robert Murphy<sup>75</sup>, un diplomático con gran experiencia en las relaciones con Francia, fue una decisión personal de Roosevelt. Murphy recibió la responsabilidad de coordinar la acción exterior norteamericana en el conjunto del norte de África.

Pronto, Murphy organizó una amplia red de vicecónsules en los principales puertos y ciudades de la zona. Estos vicecónsules, casi todos militares, eran en realidad miembros del Operation Special Service (OSS), organización precursora de la CIA. Actuaban no solo como una fuente permanente de información, sino también como contactos con los militares franceses más proclives a romper los lazos de subordinación respecto al Gobierno de Vichy. Incluso, en ocasiones, actuaban como coordinadores de eventuales acciones de sabotaje.

La posibilidad de establecer esta red de vicecónsules/informadores era más difícil en Marruecos y, en especial, en el Protectorado español. Estados Unidos, que mantenía desde finales del siglo XVIII una representación ante el sultán de Marruecos en la ciudad de Tánger, no había llegado a aceptar la nueva situación jurídica resultante tras la implantación del régimen de Protectorado en 1912. En consecuencia, ni Francia ni España autorizaban la instalación de nuevas representaciones consulares en sus respectivas zonas de Protectorado.

A causa de estas dificultades, los norteamericanos emplearon en el Protectorado español otros medios para recoger información. La población de Tánger, tanto la extranjera como la marroquí, era un vivero de informadores que en el caso de estos últimos gozaban de casi total libertad para moverse por toda la zona española<sup>76</sup>.

---

<sup>75</sup> Sobre las actividades de Robert Murphy durante la II Guerra Mundial ver su libro, MURPHY, Robert: *Diplomat among warriors*. Pyramid Books, 1964.

<sup>76</sup> En relación con las actividades de información por parte de los norteamericanos en el Protectorado español, ver COON, Carleton: *A North Africa story*. Gambit, 1980.



En Madrid, el agregado militar norteamericano, coronel R.W. Dusenbury y el británico, brigadier general Torr<sup>77</sup>, mantuvieron reuniones con el coronel Beigbeder, quien desde su caída en desgracia en octubre de 1940 había comenzado a intrigar contra el influjo alemán y el peso político de Falange. Con todo fundamento, Beigbeder era considerado como un gran experto en temas árabes y musulmanes y un profundo conocedor de Marruecos donde, durante su periodo como alto comisario, había establecido amistosas relaciones con muchos «notables» marroquíes.

Gracias a todas estas fuentes, los anglosajones disponían de una abundante información sobre las posibilidades militares del Protectorado español y sobre la probable actitud de la población.

A un nivel superior, la inteligencia aliada había llegado a la conclusión de que Franco no actuaría militarmente contra un desembarco aliado en el norte de África, pero que difícilmente podría oponerse, de grado o por la fuerza, a una petición de paso alemana para cruzar España hasta Gibraltar.

Todas estas consideraciones influyeron en la planificación del desembarco aliado en el norte de África. Inicialmente se elaboró un plan *Gymnast* que suponía una petición de las autoridades francesas en el norte de África para el desembarco de los aliados y que contemplaba el desembarco de unos 180.000 hombres, mitad británicos y mitad norteamericanos.

Sin embargo, pronto se descartó la posibilidad de una petición por parte de los franceses, en especial si en los desembarcos participaban los británicos, muy mal vistos por los franceses desde las acciones en Mazalquivir y Dakar. Se elaboró un nuevo plan que consideraba una resistencia, que podría ser algo más que simbólica, por parte de las guarniciones francesas. En este nuevo plan, las fuerzas a emplear se reducían hasta unos 70.000 hombres, recibiendo la denominación de operación *Torch*.

El plan *Torch* inicial pretendía desembarcar la totalidad de las fuerzas en Argelia y Túnez. Sin embargo, la incertidumbre sobre la seguridad en ambas orillas del Estrecho, desde donde podría estrangularse toda la corriente logística, aconsejó modificarlo, incluyendo un desembarco en la costa atlántica del Protectorado francés de Marruecos. Finalmente la operación incluiría tres zonas de desembarco: este (en las playas próximas a Argel), centro (alrededor de Mazalquivir y Orán) y oeste (con puntos de desembarco en Safi, Casablanca y Mehdia). Para la zona este se habían asignado 33.000 hombres, para la zona centro unos 16.000 y para la oeste unos 34.000. En su conjunto los norteamericanos suponían más del 60 % del total de hombres participantes en la operación.

---

<sup>77</sup> Informe sobre conversación con Beigbeder, National Archives, FO/954/27.<sup>a</sup>.

Gracias a la modificación introducida con el desembarco en las costas atlánticas marroquíes, era posible establecer una ruta logística terrestre utilizando la carretera y el ferrocarril que discurrían desde Casablanca, a través de Fez y Taza, hasta Orán y Argel. De este modo, se trataba de garantizar el apoyo logístico a las fuerzas en Argelia, aunque se cerrase la navegación en el estrecho de Gibraltar.

Dentro de estas medidas para asegurar la operación principal se elaboraron acciones complementarias. La principal sería la operación *Backbone*, que se activaría sobre la marcha en caso de tener fundadas sospechas de una reacción ofensiva española antes o durante las primeras fases del desembarco.

*Backbone* consideraba desviar una parte de las fuerzas previstas para desembarcar en Argel, para hacerlo en la zona de Tánger-Ceuta-Tetuán, acción que sería complementada por una penetración desde el Protectorado francés hacia Alcazarquivir-Arcila, desarrollada por una parte de las fuerzas norteamericanas desembarcadas en Marruecos.

Sin embargo, la postura española fue de tranquilidad, aceptando las garantías que el embajador Hayes<sup>78</sup> presentó a Franco en el mismo momento en que se iniciaban los desembarcos, en la madrugada del día 8 de noviembre. Las garantías dadas a Franco consistían en una atenta y afectuosa carta personal del presidente Roosevelt en la que se le aseguraba que la operación no afectaría a territorio español ni a sus posesiones. Algunos autores afirman que en el Consejo de Ministros convocado inmediatamente por Franco, se acordó rechazar la posible petición de paso alemana. Sin embargo, ante la sorpresa española, los alemanes no llegaron a realizar esta petición. Sencillamente no tenían fuerzas para hacerlo, debiendo limitarse a actualizar los planes de la operación *Gisella*.

Debe resaltarse cómo, a pesar de todos los indicios de que disponían con la pista de Gibraltar abarrotada de aviones y numerosos buques anclados en la bahía de Algeciras, incluso en aguas españolas, los españoles fueron sorprendidos por el desembarco. El 8 de noviembre el alto comisario, general Orgaz, se encontraba en Madrid participando en una reunión del Consejo Superior del Ejército y la vacante del general jefe del X Cuerpo de Ejército, en Melilla, se encontraba sin cubrir desde hacía meses. Orgaz regresó a Tetuán a toda prisa, mientras que se designaba al general Yagüe<sup>79</sup> como jefe del X Cuerpo de Ejército. Hasta ese momento y desde su destitución

---

<sup>78</sup> Sobre esta entrevista ver versiones de Jordana y Hayes. GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *op. cit.*, pág. 184, y HAYES, Carlton: *op. cit.*, pp.118-119.

<sup>79</sup> Yagüe fue destinado a Melilla como general jefe del X Cuerpo de Ejército el día 14 de noviembre de 1942 (BOE n.º 318), permaneciendo en ese puesto hasta el día 4 de julio de 1943, siendo sustituido por Maximino Bertoméu.

como ministro del Aire, en la primavera de 1940, Yagüe había permanecido desterrado en su localidad natal de San Leonardo, en Soria. Una vez más, Franco se «acordaba» de sus viejos subordinados de las campañas africanas, al tiempo que parecía compensar las veleidades monárquicas y proaliadas de Orgaz con el envío a Marruecos del supuestamente proalemán Yagüe.

A pesar del éxito de la operación y de la inactividad de españoles y alemanes, los aliados continuaron considerando que el control del estrecho de Gibraltar era vital para las posteriores operaciones en el Mediterráneo. Por otra parte, pronto la experiencia demostró la escasa capacidad logística de la carretera y del ferrocarril que unían Marruecos con Argelia. En consecuencia, el transporte marítimo hasta los puertos de Argelia era insustituible. Además, el paulatino aumento de las fuerzas en la zona y las perspectivas de combate contra los efectivos del Eje en Túnez, junto con la necesidad de reequipar a las tropas francesas del norte de África y cubrir las necesidades de la población civil, aumentaron las exigencias de transporte, por lo que la vulnerabilidad de la navegación a través del estrecho era aún más crítica.

Como resultado se elaboró un plan adicional para ocupar el Protectorado español en caso de una actuación alemana o española contra Gibraltar, posibilidad esta última casi completamente descartada. El nuevo plan se denominó *Backbone II* y contemplaba el empleo de fuerzas venidas directamente desde Inglaterra, que emplearían los medios anfibios navales liberados tras los desembarcos de *Torch*. Como en el primitivo plan *Backbone* se consideraba una penetración desde el Protectorado francés hacia Alcazarquivir, Arcila y Tetuán, ahora reforzada por una acción complementaria desde Uxda a Melilla, que luego continuaría hasta Villasanjurjo.

Sin embargo, pronto se hizo evidente que nadie iba a amenazar Gibraltar por lo que paulatinamente las fuerzas reservadas para *Backbone II* fueron empleadas en la campaña de Túnez y el plan desactivado.

Las relaciones entre los mandos norteamericanos, en especial los generales Clark y Patton, y las autoridades españolas del Protectorado fueron cordiales, celebrándose varias entrevistas, tanto en el Protectorado francés como en el español.

La primera entrevista tuvo lugar en Larache, el día 4 de enero de 1943, entre el alto comisario Orgaz y el general Patton. Aunque sin duda el encuentro más significativo fue la visita a Melilla realizada el día 2 de abril de 1943 por el general Clark, jefe del V Ejército de los EE. UU. (fig. 7).

Para la recepción el alto comisario Orgaz se trasladó desde Tetuán a la zona oriental recibiendo a Clark en el puente internacional sobre el Muluya. Desde allí se trasladaron, ambos en el mismo vehículo, hasta Tahuima donde presenciaron un desfile de las fuerzas españolas, de la Legión y Regula-



ENCUENTRO ENTRE EL GRAL CLARK, JEFE DEL 5º EJÉRCITO U.S.A.  
Y EL ALTO COMISARIO ESPAÑOL EN MARRUECOS, GRAL. ORGAZ.  
TAHUIMA (2 DE ABRIL DE 1943)

*Figura-7*

res. El día 3 de junio, Orgaz devolvió la visita a Clark en la ciudad de Uxda, en una ceremonia que contó con la presencia de Nogués, el residente general francés, y en la que paracaidistas y planeadores americanos realizaron una exhibición de asalto aéreo<sup>80</sup>.

En sus memorias, *Calculated risk*, Clark dedica unos párrafos a estas visitas en los que queda evidente la mutua simpatía y confianza con Orgaz. En el texto, Clark afirma que llegó a disponer, gracias al agregado militar norteamericano en Madrid, de una copia de los planes de operaciones españoles para oponerse a una hipotética invasión alemana de la Península<sup>81</sup>. Para su sorpresa, estos planes contemplaban la petición española de apoyo aéreo aliado y de armamento antiaéreo y el envío de suministros, sobre todo munición, pero no se contemplaba el envío de unidades aliadas a España.

Es interesante destacar cómo entre las instrucciones dadas a las tropas norteamericanas que desembarcaron en Marruecos, se aconsejaba no actuar contra las tropas españolas en caso de que estas cruzasen su línea

<sup>80</sup> Ver, Telegrama del Rif, días 3 de abril y 4 de junio de 1943. Para más detalles de estas entrevistas, ver CLARK, Mark: *Calculated risk*. Enigma, 2007, pp. 136-137.

<sup>81</sup> *Ibidem*, pág. 135.

de Protectorado para alcanzar la línea del río Sebú. Al parecer, estas instrucciones eran consecuencia de una advertencia del embajador Hoare, que consideraba que debería permitirse a los españoles la ocupación de sus antiguas reivindicaciones en Marruecos<sup>82</sup>, con tal de no comprometer el éxito de la operación. Sin duda, esta advertencia era una consecuencia de las conversaciones de Hoare con su amigo Beigbeder. En todo caso, los españoles no se movieron de su Protectorado, por lo que la advertencia resultó innecesaria.

En la idea de evitar conflictos y de reforzar la mutua confianza, se estableció un acuerdo entre las autoridades norteamericanas y las españolas, fijando una zona, denominada «zona A», entre los dos Protectorados, en la que no se autorizaba más movimiento de tropas que los relevos de los puestos previamente establecidos. Asimismo se creaba una «zona B» dentro de cada Protectorado, en la que se autorizaban los movimientos militares pero sin que implicasen refuerzo de las unidades desplegadas en la misma. El acuerdo establecido el día 5 de diciembre de 1942 se hizo extensivo a las unidades francesas con fecha 18 del mismo mes<sup>83</sup>.

Tras la derrota de las fuerzas del Eje en Túnez en mayo de 1943, se consolidó la presencia de los aliados en el norte de África, en especial en Marruecos, donde Estados Unidos instaló bases militares que perduraron hasta después de la independencia. En consecuencia la importancia geopolítica derivada de la situación geográfica de España y de su Protectorado marroquí decayó, cambiando la actitud de los aliados hacia España, cuyo Gobierno español se vio forzado a reorientar su política tratando de conseguir la benevolencia necesaria para su propia supervivencia.

## CONCLUSIONES

Desde 1936, la existencia de un potencialmente hostil Protectorado español en Marruecos era un factor distorsionador para las estrategias de franceses y británicos, al amenazar las comunicaciones marítimas con sus posesiones coloniales.

La creación por España, en 1939, de un Ejército de África muy numeroso, el artillado del Estrecho y la construcción de fortificaciones en la frontera entre ambos Protectorados constituía una amenaza, en especial contra las posesiones francesas.

---

<sup>82</sup> Respecto a esta cuestión, ver SÁENZ-FRANCÉS, Emilio: *Entre la antorcha y la esvástica*. ACTAS, 2010, pp. 362-381.

<sup>83</sup> SHAT, 3H466.

Entre 1940 y 1942, los planificadores militares británicos consideraron que las limitaciones de sus propias Fuerzas Armadas, junto con las capacidades del Ejército español en África, eran factores suficientes para hacerles renunciar a las evidentes ventajas estratégicas que la ocupación por la fuerza del Protectorado español en Marruecos les reportaría.

La actuación alemana en el Protectorado se limitó a acciones informativas, en especial del tráfico marítimo en el estrecho de Gibraltar, y a una agresiva propaganda entre la población indígena. La posibilidad de una directa actuación alemana en la zona se desvaneció a partir de la primavera de 1941. La existencia del Protectorado español en Marruecos, donde los españoles podrían continuar su resistencia, neutralizaba las ventajas que para Alemania hubiese podido suponer la ocupación de la península ibérica por la fuerza.

A pesar de su tamaño, las posibilidades del Ejército de África estaban muy limitadas por lo gastado de su equipo y la escasez de recursos. Difícilmente le hubiese sido posible emprender operaciones ofensivas contra otro ejército. En cambio, sus capacidades defensivas eran respetables y ninguno de los contendientes osó atacar el Protectorado, a pesar de las ventajas que implicaría el control de la orilla sur del estrecho.

Para Estados Unidos, el Protectorado español en Marruecos constituía una pieza adicional de una estrategia más amplia que trataba de garantizar la imposibilidad de atacar el continente americano, bien desde África bien desde los archipiélagos españoles y portugueses en el Atlántico.

Al planificarse la operación *Torch* se hizo evidente que se requería una «benevolente» neutralidad española para el éxito de la misma. Si esta no se daba, España y su Protectorado se verían arrastrados a la guerra.

Las relaciones entre las autoridades españolas del Protectorado (general Orgaz) y los mandos de las fuerzas del V Ejército de los EE. UU. fueron muy cordiales, rebajando la tensión en la zona.

El esfuerzo militar desarrollado por España en el territorio, si bien no le reportó las ampliaciones territoriales a que aspiraba, fue suficiente para que los contendientes no considerasen rentable la ocupación del Protectorado español, contribuyendo a que España no se viese implicada directamente en la II Guerra Mundial.

## ARCHIVOS

ARCHIVO FUNDACIÓN FRANCISCO FRANCO. FFF.  
 ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN. FONDO ÁFRICA.  
 AGA-ÁFRICA.  
 INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR (ÁVILA). IHCM-  
 ÁVILA.  
 NATIONAL ARCHIVES. NA/PUBLIC RECORD OFFICE.  
 SERVICE HISTORIQUE DE L'ARMÉE DE TERRE- SHAT.

## BIBLIOGRAFÍA

- Axis plans in the Mediterranean. An analysis of German geopolitical ideas on Italy, France, Balearic Islands, Gibraltar, Catalonia and Spain.* London General Press, 1939.
- Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco.* Tomos I y II. Fundación Francisco Franco, 1992.
- Documents on German foreign policy, 1918-1945. Serie D, volume IX,* Department of State. 1960.
- ALPERT, Michel: «Las relaciones hispano-británicas en el primer año de la posguerra», en *Revista de política internacional*, nº 147, sep-oct. 1976.
- AREILZA, José María de y CASTIELLA, Fernando María: *Reivindicaciones de España.* Instituto de Estudios Políticos, 1941.
- BASSET, Richard: *El enigma del almirante Canaris.* Altaya, 2007.
- BEN AMI, Sholo: *El cirujano de hierro. La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930).* RBA, 2012.
- BESSIS, Juliette: *La Méditerranée fasciste.* Karthala, 1981.
- BEZIAT, André: *Franklin Roosevelt et la France (1939-1945).* L'Harmattan, 1997.
- BOWEN, Wayne H.: *Spain during the World War II.* University of Missouri, 2006.
- BOWEN, Wayne H.: *Spaniards and Nazi Germany: collaboration in the new order.* University of Missouri Press, 2000.
- BRISSAUD, André: *Canaris. La Guerra Española y la II Guerra Mundial.* Noguer S.A., 1972.
- BURDICK, Charles B.: *Germany's military strategy and Spain in World War II.* Syracuse University, 1968.
- CATALA, Michel: *Les relations franco-espagnoles pendant la deuxième guerre mondiale.* L'Harmattan, 1997.



- CHURCHILL, Winston S.: *La Segunda Guerra Mundial*. Planeta Agostini, 2006.
- CLARK, Mark W.: *Calculated risk*. Enigma Books, 2007.
- COLLADO SEIDEL, Carlos: *España, refugio nazi*.
- COON, Carleton: *A North Africa story*. Gambit, 1980.
- DE GAULLE, Charles: *Memorias de guerra*. La Esfera de los Libros, 2005.
- Estadística de comercio en la zona de Protectorado español*. Alta Comisaría, Tetuán, años de 1935 a 1945.
- FERRERONS, R. y GASCÓN, A.: *Huesca la bolsa de Bielsa*. Diputación de Huesca, 1991.
- FIES, Herbert: *The Spanish story*. Alfred A. Knopf, 1948.
- GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Reivindicaciones de España en el norte de África*. Guión de la conferencia en Biblioteca Nacional. Referencia.
- GODA, Norman J.W.: *Y mañana... el mundo*. Alianza Ensayo, 2002.
- GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *Milicia y diplomacia*. Editorial Dos Soles, 2002.
- GONZÁLEZ BADÍA, Saturnino: «Fuerzas jaliafianas», en *Gaceta de África*, número extraordinario, 1935.
- GONZÁLEZ SERRANO, José L.: *Las unidades y el material del Ejército del Aire durante la II Guerra Mundial*. Quirón, 2005.
- GRIEHL, Manfred: *Objetivo América...*, AF, 2005.
- HOARE, Samuel: *Embajador ante Franco en misión especial*. Sedmay Ediciones, 1977.
- HOSINGTON Jr. William A.: *L'Heritage de Lyautey. Noguès et la politique française au Maroc*. L'Harmattan, 1995.
- KIME, Marlin Gilbert: *The contest for Spain during World War II: Anglo-American planning to retain control over the Straits of Gibraltar*. University of Nebraska. 1987.
- LEITZ, Christian y DUNTHORN, David (ed.): *Spain in an international context 1936-1959*. Berghahn Books, 1999.
- LEVISSE-TOUZÉ, Chsistine: *L'Afrique du nord dans la Guerre 1939-1945*. ALBIN MICHEL, 1998.
- LIDELL HART, B. H.: *El otro lado de la colina*. Ediciones Ejército, 1983.
- LORMIER, Dominique: *C'est nous, les africains, L'épopée de l'Armée française d'Afrique 1940-1945*. Clamn-Lévy, 2006.
- LOTTMAN, Herbert R.: *Pétain: héroe o traidor*. Altaya, 2008.
- MARÍN, Joaquín y MATA, José M.<sup>a</sup>: *Carros de combate del Ejército español*. Quirón, 2005.
- MARQUINA BARRIOS, Antonio: *España en la política de seguridad occidental 1939-1986*. Ediciones Ejército, 1986.

- MARTÍNEZ DE CAMPOS, Carlos: *Ayer*; Tomo II. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1970.
- MARTÍNEZ PARRILLA Jaime: *Las Fuerzas Armadas francesas ante la Guerra Civil española (1936-1939)*. Ediciones Ejército, 1987.
- MURPHY, Robert: *Diplomat among warriors*. Pyramid Books, 1964.
- PASCUAL SANCHEZ-GIJÓN, Luis: *La planificación militar británica con relación a España desde la derrota de Francia hasta el desembarco anglo-norteamericano en el norte de África (1940-1942) según la documentación del Public Record Office*. Instituto de Cuestiones Internacionales, 1983.
- PAXTON, Robert O.: *L'Armée de Vichy*. Tallandier, 2004.
- PAYNE, Stanley y CONTRERAS, Delia (dir.): *España y la Segunda Guerra Mundial*. Cursos de Verano de El Escorial, 1996.
- PLANELLAS, Antonio: *Pétain mariscal de Francia*. Viena, 2000.
- REIN, Raanan (ed.): *Spain and the Mediterranean since 1898*. CASS, 1999.
- RIPOLL i CASALS Joaquim: *La petita història de FORTI-5. 1939-1942*. L'Aixenador, 1984.
- SÁNCHEZ-FRANCÉS, Emilio: *Entre la antorcha y la esvástica*. ACTAS, 2009.
- SÉGUÉLA, Matthieu : *Franco y Pétain: Los secretos de una alianza*. Editorial Prensa Ibérica, 1994.
- SEQUERA MARTÍNEZ, Luis: *Historia de la fortificación española en el siglo xx*. Varona, 2001.
- SERRANO SUÑER, Ramón: *Entre España y Gibraltar*. EPESA, 1947.
- SERRANO SUÑER, Ramón: *Memorias*. PLANETA, 1977.
- SMYTH, Denis: *Diplomacy and strategy of survival*. Cambridge, 1986.
- SUÁREZ, Luis: *España, Franco y la Segunda Guerra Mundial*. ACTAS, 1997.
- SUMMER, Ian y VAUVILLIER, François: *The French Army 1939-1945*. OSPREY, 1998.
- THOMAS, Martin: *The French Empire at War 1940-45*. Manchester University Press, 1998.
- VILLANOVA VALERO, José Luis: «La Sociedad Geográfica de Madrid y el colonialismo español en Marruecos (1876-1956)», en *Doc. Anál. Geogr.*, 1999. <http://ddd.uab.cat/pub/dag/02121573n34p161.pdf>.
- VIÑAS, Ángel: *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil*. Alianza Ensayo, 2001.